

Los clericales hinchando el perro del antiespañolismo

Está visto: los clericales se empeñan en provocar la revisión del proceso de Ferrer. Esto prueba que les conviene agitar esta cuestión.

Cuando los revisionistas callan, los clericales siguen gritando. Y cuando no hallan en España base para su gritería, van á buscarla fuera, importando todo cuanto creen hallar de averiado, y averiándolo más todavía, falseando conceptos, tergiversando ideas y practicando todas esas operaciones que la desaprensión y la impunidad se permiten en públicos ignorantes é irreflexivos, incapaces de analizar lo que se dice y de abofetear al que trata de embaucarlos.

Para su labor insana no tienen reparo en manosear las grandes instituciones patrias, que traen á innecesario debate con fingido celo de defenderlas.

Para muestra de esta indigna labor, véanse estos recortes de un artículo que ha recorrido y está recorriendo toda la prensa clerical, y que sacamos de un *diario católico* de Valladolid; los textos van en el propio tamaño de letra que él emplea.

Traduce un manifiesto de Francia:

«Ciertamente que nosotros hemos aprobado en 1894 y 1899 lo que valen en Francia LAS DECISIONES DE LA JURISDICCION MILITAR. Comprobando que es capaz de condenar con las más graves penas sobre piezas que ni el mismo acusado conocía. PERO ES NECESARIO RECONOCER QUE LOS CONSEJOS DE GUERRA ESPAÑOLES SIGUEN UN PROCEDIMIENTO INFINITAMENTE MÁS ODIOSO TODAVÍA: LA CONDENACIÓN Y LA EJECUCIÓN DE NUESTRO DESGRACIADO AMIGO ES LA PRUEBA MÁS IRRECUSABLE.»

En este párrafo el «diario católico» cree hallar gravísimas y deshonrosas «injurias» contra el Ejército español, como si el Ejército no fuese más que un Tribunal de Guerra, y como si el Tribunal de Guerra no fuese más que un procedimiento.

Aquí está la verdadera injuria, y aun cierto resabio de calumnia: en confundir deliberadamente accidentes externos del Ejército con lo sustancial y formal de la institución.

Podría ser detestable un procedimiento de los Tribunales militares, siendo perfectísimos los mismos Tribunales, que no son responsables del procedimiento, sino de su cumplimiento exacto y fiel en tanto que el legislador no lo reforme. ¿Es acaso el Tribunal el árbitro de seguir uno ú otro procedimiento?

Y aún podría un Tribunal faltar á su deber, sin que afectase al honor del Ejército, el cual tiene sus procedimientos apelatorios que presuponan la posibilidad del error, y tiene además sus Tribunales de Honor para expulsar del seno del Ejército al militar que, con su conducta, no respeta la honorabilidad del uniforme y de su instituto.

Muchas ganas de ver injuriado á nuestro Ejército se necesitan para presentar como injurias contra él frases y conceptos, equivocados ó acertados, lamentables siempre, pero que no atañen al Ejército, pues se refieren á hechos que quizás el propio Ejército lamenta, como realmente lamenta el abandono en que la política tiene sus intereses. Ciertamente es lamentable y lamentabilísimo hallar en la *Gaceta* de Diciembre de 1909, declaraciones de créditos por méritos de guerra y por haberes de jefes, oficiales y soldados, devengados por servicios de las guerras de 1897-98, *once años* de estudio y exámen, y aun por servicios del año 1883, *veintiseis años*!

Los periódicos católicos debieran avergonzarse de que el culto y clero hayan cobrado, sin interrupción de un sólo mes, sus haberes algo más discutibles que los de esos soldados que fueron á morir, pasar hambre y enfermar en las colonias para defender el pacto de Biacnabató. Ellos debieran avergonzarse de que el Papa haya cobrado hace ya años, de los Estados Unidos, los millones de la Iglesia española de Filipinas, y que estén pendientes de examen y de pago los haberes y servicios de los soldados que dieron tranquilidad, amor y vida por defender aquellos millones.

Y si estos deberes tan perentorios andan tan abandonados y retrasados ¿cómo no andará el estudio de las reformas de procedimientos, cuyo apremio se siente solamente en casos extraordinarios y raros? Mejor amor

y entusiasmo por el Ejército demostraría el clero si tomase el acuerdo de declararse en huelga y de negarse á cobrar un céntimo del Estado, hasta tanto que estuviesen saldadas y pagadas las cuentas de sangre pendientes en favor de nuestra milicia; mejor haría en reclamar que, en el ajuste de esas cuentas, se cargasen los intereses compuestos que la Iglesia reclama de sus deudores. Mejor haría en ceder para cuarteles de las tropas algunos de esos lujosos conventos é iglesias desiertos é innecesarios. Mejor haría en ceder para fortificaciones esos millones que van sacando secretamente como deuda de la desamortización... Así probaría su amor al Ejército. Y aún podría probarlo mejor declarando que el servicio de la Patria no es impropio del clérigo y del fraile que viven de ella, pues si el que sirve al altar del altar ha de vivir, también el que vive de la Patria á ella ha de servir, y podría muy bien decir al Estado: Señor: en la próxima quinta no hay sorteos; ahí están dispuestos á coger el fusil todos los frailes que con el especioso pretexto de vestir hábito se eximieron del servicio militar...

¿No lo hacen y en cambio se entretienen en ir por el extranjero recogiendo basura, real ó aparente, para presentársela al Ejército como obsequio de las naciones?

Pues esa conducta la sometemos al juicio de *El Ejército Español*, para que la califique con la severidad que merece y con la competencia de su posición. Ya llegando la hora de poner también término á este laborantismo, y de recordar á los que ejercen el monopolio de usar y abusar para sus negocios del nombre de Dios, que no «tomarán el nombre del Ejército en vano» para sus fines particulares.

Del respeto que estas gentes profesan al Ejército y al Estado, da la medida este párrafo:

«La ola de cieno que todo lo invade en Francia, consiguió, para afrenta de su Ejército, la revisión del proceso Dreyfus, y ese militar extranjero que hoy injuria á las honradas instituciones armadas de España, pretenderá que nuestra patria presencie la segunda edición de un proceso revisado.»

Esos que presentan como *afrentado* por su nación y por el Gobierno de su patria al ejército francés; esos que no pierden ocasión de ultrajar á un «oficial» de aquel ejército declarado honorable por los más altos tribunales militares y civiles de su país; esos que levantaron contra el ejército nacional tres guerras civiles; esos que por sostener la omnipotencia clerical en Filipinas, precipitaron á nuestro Ejército á una guerra sin fin y al desastre de Cavite; esos que se presentan hoy como aduladores del Ejército español, preparando nuevos Biacnabatós, y esperando el final de otro desastroso Cavite para ir á pactar con los yanquis y llevar al Papa otra millonada como botín del desastre...

Va siendo mucha adulación ésta, y es ya hora de examinar si las palabras corresponden á los hechos.

Profesión de fe de un hombre sin fe

Carta que he recibido:

Sr. D. José Nakens.

Muy señor mío: Simpatizo con *EL MOTÍN*, pero lamento que trate lo mismo á los protestantes, partidarios del progreso, que á los católicos, sostenedores de la tradición.

Creo que, no sólo se equivocó usted religiosamente, sino administrativamente; habría muchos protestantes que nos suscribiríamos á su periódico, si no fuera por esto. Dispénsame usted la libertad que me he tomado, y cuente, á pesar de todo, con la seguridad de mi afecto.

B. S. M.,
UN PROTESTANTE

No es la vez primera que se me hace ese cargo; esto prueba que aquí nadie se entera de nada. Yo, lo he dicho mil veces, y lo repito ahora: no soy anticatólico; soy sencillamente un hombre que jamás he necesitado de religión alguna para nada: ni para consolarme, ni para disculparme, ni para disfrazar, ni para engañar á nadie, ni para que me sirviera de acicate en el camino del bien, ni de freno en el del mal; en suma, un hombre naturalmente irreligioso, como lo son la mayoría, pero que me he respetado lo bastante para no alardear de creencias que no tengo, y menos con la mira de ex-

plotarlas, añadiendo así el escarnio á la mentira.

¿Que cómo entonces, teniéndome sin cuidado todas las religiones, las ataco? Porque veo en ellas el origen de casi todas las desventuras que afligen á la humanidad; porque detienen, coartan, paralizan... ¿Qué por qué combato principalmente la católica? Por ser la que predomina en España. Si predominara la protestante, ó cualquiera otra, á la que fuese atacaría, por estar convencido de que todas son intolerantes, atentan á la libertad individual y menoscaban la dignidad humana.

¿Que todas llenaron en momentos dados una gran misión histórica? Lo admitiré, para decir: lo mismo les pasó á todas las instituciones que el hombre fué suprimiendo ó reemplazando. ¿Quién niega que la esclavitud fué un progreso en su tiempo, por impedir el sacrificio de los prisioneros de guerra, y la servidumbre otro progreso, porque redimió al hombre de la esclavitud? Y, sin embargo, terminada su misión, ninguna existe oficialmente ya.

Las religiones no tienen hoy razón de ser en las naciones civilizadas; solamente sirven para detener la marcha hacia la perfección, perpetuando las aberraciones del pasado. Que no moralizan, lo dicen á cada instante los encargados de mantenerlas, al afirmar que el mundo está peor cada vez; que no enfrenan las pasiones ni evitan los vicios ni los crímenes, pregónanlo las legiones de jueces, guardia civil y policía que nos vemos obligados á sostener para medio vivir relativamente tranquilos. Y no moralizando ni enfrenando las pasiones, ¿para qué sirven? ¿Para sujetar por el miedo á las multitudes ignorantes? En tal caso no hacen malicia de Dios la falta; dedíquense los millo-

nes que se le dan al clero á aumentar guardias civiles, policías y jueces, y se las tendrá metidas en un puño. Y á propósito: ¿A que no hay un católico de buena fe (si existe alguno de ese sistema) que se atreva á pedir conmigo que suspendan sus funciones esos organismos durante un par de años, por vía de ensayo, encomendando durante ese tiempo á curas y frailes el mantenimiento del orden, con sus advertencias, sus consejos, sus exhortaciones, sus ofrecimientos de premios en la otra vida, sus amenazas de condenación eterna? ¿Qué ha de haber? El que más y el que menos sabe que á los dos meses no quedarían en España ni los rabos.

Aunque la prueba más concluyente de que no hacen falta las religiones, es esta: todas son falsas, menos una, pues no cabe suponer que Dios las hubiera inspirado todas, siendo entre sí tan diferentes. Admitamos, para argumentar, que la católica es realmente la verdadera, y preguntemos: ¿En qué se conoce? Llevamos siglos rindiéndole culto, y somos cada vez más malos, según se nos asegura. En cambio otros pueblos, con religiones falsas, progresan y hasta son más morales. ¿En qué quedamos? O no es la católica la religión verdadera, ó lo mismo dan éstas que aquéllas para los efectos de la vida humana. ¿Que en la otra, en la eterna, se descifrará la charada? Los que están en el secreto, papas, obispos, curas y frailes desmienten con su conducta esa afirmación: todos descifran la charada aquí.

Por estas razones y otras muchas, yo no admito que haya religiones verdaderas ni falsas; juzgándolas por los procedimientos que emplean para imponerse y dominar, todas me resultan iguales; y oyendo á los partidarios de cada una, no hallo en ellas diferencia; en los detalles, si acaso. Como no la hallo tampoco en los charlatanes que ponderan las excelencias de su elixir ó su ungüento en las plazuelas: el de cada uno es el único que cura; todos los demás son engaños.

Para ver si consigo convencerle, ruego á ese incógnito simpatizador de *EL MOTÍN* que se sirva leer el siguiente artículo publicado en Julio á la cabeza del número 276 de *El Herald*, revista evangélica ilustrada de Figueras, que yo guardaba en la esperanza de utilizarlo algún día:

LA BIBLIA

«Este Libro contiene: La mente de Dios, el estado del hombre, el camino de salvación, la condenación de los pecadores, y la felicidad de los creyentes. Sus doctrinas son santas, sus preceptos obligatorios, sus narraciones verdaderas, y sus decisiones inmutables. Léedlo para ser sabios, creedlo para ser salvos, y practicadlo para ser san-

tos. Contiene luz para guiaros, alimento para sustentaros, y consuelo para alegraros. Es el guía del viajero, el báculo del peregrino, la brújula del piloto, el arma del soldado, y la cédula del cristiano.

Aquí se restaura el *Paraiso*, se abre el *Cielo*, y se abren las puertas del *Infierno*. Cristo ES SU GRAN TEMA, su designio nuestro bien, y su fin la gloria de Dios. Debiera ocupar por completo la mente, dominar el corazón, y guiar los pasos. Léedlo detenida, frecuentemente y con oración. Es una mina de riqueza, un paraíso de gloria y un río de placer. Se te ofrece en vida, se abrirá el día del *Juicio*, y será recordado para siempre. Envuelve la mayor responsabilidad, recomendará el más rudo trabajo, y condenará al que se burle de su contenido sagrado.»

¿Qué tal? El mismo estilo, iguales ofrecimientos, é idénticas amenazas que en las religiones todas. Si no arrancasen estos absurdos una sonrisa desdeñosa, habría para indignarse contra los que creen, ó aparentan creer en ellos.

¿Qué de palabras sin sustancia ni sentido! ¿Qué de frases hechas! ¿Qué de imágenes de guardarrópia! ¿Y qué de falsedades además! Léase la Biblia después de repasar esa especie de prospecto de específico «*Sánalotodo*», fijándose en aquella serie interminable de felonías, traiciones, robos, asesinatos individuales, degüellos en masa, estupro, violaciones, sodomías, incendios, etc., etc., y lo mejor que podrá hacerse, para no faltarle al respeto á Jehová, es creer que aquellas *narraciones verdaderas* son falsas, y lamentarse de que no estuviera ya en aquellos tiempos promulgado el Código Penal vigente, organizada la magistratura y creada la Guardia civil, para distribuirla por las páginas del Antiguo Testamento y llenar las cárceles y los presidios con los criminales que fuesen capturando en ellas.

Mas no vaya á creerse, por esto que digo, que yo no sepa ver más que eso en la primera parte de la Biblia; no, en prueba de imparcialidad, declaro que también contiene pasajes agradables y regocijados, que justifican las frases *rio de placer*, y *consuelo para alegrarnos*, usadas por el autor del artículo copiado. Burras que hablan, ángeles que huyen para que no los conozcan los vecinos caprichosos de una ciudad; papás que inician prácticamente á sus niñas en los secretos de la generación; señoras que conciben á los cien años; esposos que presentan como hermanas á sus mujeres y se quejan luego de las familiaridades libidinosas que con ellas se toman; nueras que aguardan con la cara tapada á sus suegros en los caminos, para que entren á ellas; reyes de quienes se dice: «trescientas eran las reinas y ochocientas las concubinas»; y aquí un millón de etcéteras.

No, no puede negarse, sin faltar á la verdad, que si la Biblia abunda en pasajes horribles y monstruosos, también los tiene alegres y divertidos, aunque un poquillo picantes. Pero seamos indulgentes. No hay obra humana perfecta.

Supongo que al señor que me escribe eso no le extrañará, después de leer esto, que mida yo por el mismo rasero las religiones, por emplear todas el mismo lenguaje, tener idénticos propósitos y aplicar parecidos procedimientos; que á la vez me envanezca de no profesar ninguna; y que sostenga que, para cumplir bien los fines altos y nobles de la vida, debemos dejarnos de Biblias, Evangelios, Talmudes, Koranes, etc., que alzan una barrera insuperable entre los hombres, convirtiéndolos en enemigos irreconciliables, é incitándolos á maldecirse, perseguirse y exterminarse.

Cada vez que pienso en que esos libros han llegado á nosotros con autoridad suficiente para imponerse todavía á las multitudes, y fanatizarlas, y arrastrarlas á cometer excesos y crímenes de todas clases; y que de sus páginas extraen millones de hombres máximas y preceptos para esclavizar los cuerpos y entenebrecer los espíritus; y que han luchado generaciones enteras y se han destruido, por si tal palabra ó tal versículo deben interpretarse en este sentido ó en aquel; y que se admiten como verdades inconcusas las versiones más inconcebibles acerca de otra vida de existencia imposible; cuando pienso en esto, repito, me entran deseos de afirmar que este planeta es el manicomio de todo el Universo, donde nos reunimos cuantos se perturban de esos millares de millares de mundos que giran en el espacio.

Mas descendamos un poco.

Aun sin haber sentido nunca la necesidad

de una religión, es posible que me la hubiera explicado, si llego á advertir que los creyentes en cualquiera de ellas sobrepusieron en cualidades elevadas á los que no tenían ninguna; que á su condición de creyentes unían las perfecciones posibles en el ser humano; mas ¡ay! que es todo lo contrario: no hay usurero, explotador ni malvado que no sea religioso, ni ladrón que no rece, ni tirano que sea impío; y es que toda religión apadrina de hecho las infamias que en teoría condena, y por esto se acogen á ellas los que se dedican preferentemente á satisfacer sus malos instintos.

Y no quiere esto decir que yo vincule en la impiedad la práctica de todas las virtudes; incurriría en el pecado de intransigencia que censura. No; hay hombres que son canallas á pesar de ser impíos, como los hay buenos á pesar de ser religiosos. La imparcialidad ante todo. Lo que tiene, es que el impío malo no puede causar á la sociedad los daños que el religioso malo, porque lucha presentando el pecho, mientras el otro se parapeta tras la trinchera Hipocresía, y desde ella dispara sin riesgo. Esto aparte de que el impío no puede disculpar sus malas acciones con la muletilla de que las ejecuta en defensa de la causa de Dios.

He contestado á lo que me dice el protestante ese, que ni siquiera se atreve á estampar su nombre, relacionado con la parte religiosa. Respecto á su alusión á la administrativa, ¿qué decirle? Que no me conoce. De conocerme, sabría que nunca escribí ni una línea contra mis convicciones por ganar suscriptores, ni oculté una verdad por no perderlos. De haber mirado á la caja de la administración, no habría escrito casi nada de lo que he publicado, ni en materia religiosa, ni en materia política. He sido toda mi vida un formidable *Espantassuscriptores* indefinidos.

JOSÉ NAKENS

A mis simpáticos clericales

Creo que después del recorrido que le he dado á ese protestante, no diréis que me distingo por mi odio satánico á la Iglesia católica. Ya habéis visto que para mí son iguales todas las religiones. Y añadiré esto, para vuestra satisfacción y gobierno, y para que lancéis un ¡jalá! salido del fondo de vuestra alma: si algún día me conviniera darme de alta en alguna religión positiva, elegiría la católica; primero, por ser la más positiva financieramente, y segundo, por ser la más tolerante para sus adeptos, y la más cómoda también; cumpliendo de vez en cuando con las prácticas exteriores del culto, ya puede cada prójimo hacer cuanto le acomode; con decirle luego el pecado al confesor y cumplir la penitencia, queda su alma limpia como una patena y él habilitado para ensuciarse de nuevo. Ganga mayor no puede ni soñarse.

Y ahora en confianza, pero sin acritud ni resentimiento, voy á exponeros una pequeña queja que tengo de vosotros; la de que á veces os excedéis un poquito en vuestras censuras, atribuyéndome defectos que no tengo, y juzgándome, por lo tanto, equivocadamente.

Decís, por ejemplo, que soy un ogro hambriento de carne clerical, cuando ya apenas puedo comer ninguna, y por de contado ni oler la de cerdo.

Afirmáis que ansío cometer profanaciones sacrílegas, cuando pudiera ¡ay de mí! pasar ya impunemente la noche al lado de una monja, aunque fuese guapa y aunque estuviese limpia.

Divulgáis que estoy deseando tropezar con un cura para insultarle, ignorando que nunca hablé con uno sin dejarle prendado de mi afabilidad y cortesía.

Propaláis que inojo en hiel la pluma con que comento las picardías de mis salerosos presbíteros, y que al ponerla lleno de ira sobre el papel, hago lo que aquel moro de quien se dice en el *Romancero*

que donde pone la pluma el papel delgado rasga,

siendo así que no hay cara más plácida que la mía en esos instantes, ni risa más franca que la que suelto cuando se me ocurre un comentario gracioso, (que se me ocurren á menudo, según habéis observado), sobre todo al ocuparme de los tropiezos de mis amados picarillos en el mandamiento que sigue al quinto, contra el cual, de haber sido yo cura, me hubiera estrellado muchas veces, allá en aquellos tiempos

dulces y alegres cuando Dios quería. Otras quejas parecían pudiera daros; mas como son también de poca importancia, no merece la pena, amén de que estos

renglones no llevan ni remotamente la intención de afligiros, sino la de anticiparos la para vosotros enloquecedora noticia, de que, si algún día me conviniera proveerme de alguna religión, elegiría la católica.

Es casi seguro que no me dará el naípe por ahí; pero como á cierta edad el hombre de cerebro más firme pueda tornarse imbécil, no me atrevo ya á decir: «esta tontería no haré.» Por lo tanto, no perded del todo la esperanza de contarme entre los vuestros.

Y voy á haceros una advertencia, que no os haría si me conociérais bien. De declararme católico, no llevaré ninguna mira interesada. No iré en busca de nombre, porque ya lo tengo; ni de dinero, porque ya no sabría en qué gastarlo; ni de beatas guapas, por razones tristes, pero fáciles de comprender; es decir, que no os haré competencia en nada de lo que tanto os gusta.

Iré sólo con el propósito de ponerme en condiciones de ir al cielo, para enterarme en la misma portería de si efectivamente están allí Pedro Arbués, Domingo de Guzmán, Torquemada, Felipe II, el Duque de Alba, Fernando VII, el Conde de España, Cabrera, Saballs, Cucala y otros compatriotas de este corte, unos canonizados por la Iglesia, otros sin canonizar pero que murieron perrechados con todos los sacramentos, y en caso afirmativo, entregarle á San Pedro mi dimisión de bienaventurado eterno, y salir escapado hacia los dominios de Luzbel; pues no quiero, ya que en la tierra he podido librarme de las malas compañías, tener á esos individuos de compañeros en el cielo. ¡Y por los siglos de los siglos nada menos!

Antes que esa desgracia, prefiero cien infiernos mil millones de veces!

Noticia extraña

Me dicen que en Moras de Toro compró el obispo de Zamora una iglesia, y que están edificando en ella dos escuelas.

Y me choca la noticia por dos razones: por lo de la compra y por lo del destino que se le da al edificio. ¿De quién era, para que el obispo tuviera que comprarlo? ¿Y cómo un obispo español se propasa á convertir en escuela un templo?

Me dicen también que algunos santos de aquella iglesia fueron trasladados á otras, y que el retablo del altar mayor fué vendido con más de cien santos.

¿Si estará aquí la explicación de la compra? ¿Si el retablo sería de gran mérito? ¿Si las escuelas se construirán para cubrir el expediente?

Hasta que no se pongan en claro estos puntos, me abstendré prudentemente de aplaudir al obispo por esa medida que tanto se separa de lo tradicional en la clase.

Las limosnas del Papa

De cuando en cuando, la prensa clerical golpea los bombos y platillos con noticias parecidas á ésta, publicada recientemente: «El Papa se ha encargado de la educación de 400 niños huérfanos de Messina, distribuyéndolos entre los varios hospicios de Roma, pagando de su bolsillo la manutención». Y añade á guisa de comentario un diario clerical agresivo: «Y los impíos, cuando dirán otro tanto de sus pontífices?»

Libre Dios á la humanidad de que los impíos se contagiasen de esa piedad del *papá* común de los católicos, que á su vez son hijos comunes de muchos papás... espirituales.

¿Educación de hospicio? ¡vaya una educación de príncipes!

¿Les sería mejor á esos infelices quedar en el arroyo? Yo creo que sí: el cuerpo, de momento, podría pasarlo peor, aunque no mucho; pero el alma se libraría de la deformación «hospicio», peor que la deformación que sufrió Gayplaine de manos del explotador de su fisonomía.

Porque ésta es la «educación» eclesiástica y pontificia: deformar el alma y aun el cuerpo, incapacitando al educando para la vida social, con lo cual queda esclavo perpetuo del explotador, utilizando además la exhibición de su miseria para arrancar del viandante la limosna dada por el bienhechor para remedio del miserable, y empleada en las pasiones de los que se hacen administradores suyos.

El Papa, al igual que el cura más vulgar, publica sus mezquinas limosnas. ¿Cómo no publica los millones que para limosnas recibe? A cuatrocientos *hospicianos* alimenta. ¿A cuántos millares de infelices herederos despoja el clericalismo? ¿A cuántas víctimas tiene sepultadas en la miseria?

La caridad clerical tiene esto de particular: da la limosna en sus asilos, haciéndose dueños de la vida del socorrido, con lo cual cada palpación es una aspiración de aire dado

de limosna, y una acción de gracias por el beneficio cada sorbo de agua, cada cucharada de rancho, cada aliento, cada medicina... El *asilado*, la *arrepentida* y el acogido reciben de limosna la vida á condición de vivir todos enteros para el *bienhechor*..., para ese espléndido y magnífico bienhechor que gasta 42 céntimos en la pensión de un socorrido, á cambio de cuarenta y dos mil acciones de gracias.

¡Miserables tacaños! ¿Qué más les diera á esos infelices el morir, si no han de vivir para ellos y si han de vivir para vosotros? Hacéis vuestros prisioneros de guerra, vuestros esclavos, vuestros siervos, sin sueldo, y además forzados á mirar al esclavizador, al secuestrador y al tirano como un *bienhechor*!

Y esa esclavización sin límites, desconocida en los ominosos tiempos de la esclavitud bárbara, os sirve de título bienhechor entre las víctimas, como os sirve de honroso título profesional entre los profanos, á quienes explotáis, recibiendo de ellos ciento, gastando uno en los socorridos y reservándoos noventa y nueve para vuestras concupiscencias...

¡Miserables explotadores del hambre del pobre y de la lástima del rico... Vuestra beneficencia es el más perverso maleficio. Sois el cáncer de la beneficencia que devoráis la magnanimidad de los magnánimos y segregáis veneno de soberbia tacaña sobre el desventurado. Y de eso vivís, y con eso os enriquecéis y con eso encubris con el disfraz de la utilidad pública y de aparente altruismo, vuestro estado verdadero, *parásito de los parásitos*. Que también en los piojos los hay que se ahorran el trabajo de chupar la sangre del hombre cuya piel es dura, y se dedican á chupar al piojo su hermano. ¡Y todavía estos otros sufren el parásito microbio!

¡Publicanos del bien que hacéis á la vista del pueblo y ocultadores de las maldades que cometéis en secreto!... El mundo os conoce. No sois los autores de la beneficencia, sino sus defraudadores.

Buscáis al pobre, porque necesitáis exhibir sus contrahechuras al público, como la vulgar explotadora de hijos ajenos. También la gitana *recoge* los niños perdidos ó desechados; también les da de comer, también los besa... para que no huyan de ella, para que no se le mueran, para que se dejen deformar y puedan servir á su explotación.

Miserables malditos del Dios que fingis adorar y del Cristo que simuláis respetar; estáis malditos hasta de los mismos por quienes decís que os sacrificáis, mientras son ellos los sacrificados.

Apóstatas del trabajo, renegados de la familia, corruptores de almas; sois conocidos; *parásitos de la miseria*; piojos que engordáis chupando la pobreza; cánceres que devoráis el cáncer social... ¡cien veces miserables!

Esos 400 hospicianos pontificios son cuatrocientos *reclamos* del negocio papal: candidatos á frailes, monjas, clérigos, cornetas y mendigos, que van á ser educados en la ineptitud, en la esterilidad, en la impotencia, en la hipocresía, en la ignominia...

El día que entren en las cuadras del Vaticano, envidiarán la estancia de los caballos; el día que vean el parque, envidiarán la carne que sobra á los leones y el pan que desprecian los perros. Y dirán: ¿por qué, en vez de hijo de Dios es imagen de Dios, no habrá nacido hijo de perro con imagen de perro? ¡Que los cachorros de las perras pontificias son mejor tratados que los huérfanos de Messina!

L. CARRASCO.

PIDIENDO LA AMNISTÍA

He aquí la petición que han hecho los presos por los sucesos de Barcelona:

A los republicanos, A los liberales.

Cuando la alegría empezaba á reinar en nosotros, cuando empezábamos á considerar cierto nuestro próximo regreso al hogar querido, alarmantes rumores llegan hasta nosotros y nuevamente la duda y la zozobra se apoderan de nosotros. El triunfo electoral alcanzado por republicanos y liberales en toda España, nos hizo creer que abriría las puertas de la cárcel, y después del domingo parece que todo ha cambiado, ya que no vemos en la Prensa ninguna noticia que nos aliente, y aún parece que decae la campaña que por nuestra justa liberación se hace.

Las puertas de la cárcel se han abierto para dar paso á siete u ocho desgraciados que, soñando en una pronta amnistía, han sido despertados para ser conducidos ¡A PRESIDIO!

Esto ha sido para nosotros una terrible sorpresa, un profundo pesar; para nuestras familias la desesperación. Si es cierto que pronto se dará la amnistía, ¿por qué son lle-

vados á presidio los que han de ser amnistiados?

Hemos pedido noticias á nuestro distinguido compañero de infortunio, Sr. Zurdo de Olivares, y nada nos ha podido decir; es más, se nos ha mostrado pesimista.

A los prohombres republicanos, á los prohombres liberales, á todos los que nos hicieron concebir halagüeñas esperanzas, les suplicamos que nos saquen de dudas. A todos los que tengan sentimientos humanitarios les pedimos que no nos abandonen. Nuestra causa es su propia causa. Nuestra libertad debe ser el coronamiento de su triunfo.

No olviden que, en su mayor parte, los encartados son inocentes, y que los que son culpables no pueden ser responsables, porque sus culpas tienen su origen en otras culpas mayores, hasta las cuales no penetra la justicia.

A todos, pues, hacemos un llamamiento. A la Prensa liberal, sin distinción de matices, pedimos su concurso, para que sea un hecho nuestra libertad inmediata.

Más que gestiones en el terreno particular, necesitamos que se hagan actos públicos dentro de la legalidad, y ante éstos, que expresarán una vez más el sentir del pueblo español, no dudamos que el gobierno liberal cumplirá con su deber.

Todavía tenemos esperanza; si hemos de perderla, decidámoslo y nos prepararemos para ir á presidio. Procurad que no ingresen en los penales más sentenciados por los sucesos de Julio, y procurad que pronto se nos haga justicia reparadora.

Republicanos, liberales: Despedad la incógnita. Por nuestros hijos, por nuestras esposas, por nuestros padres que sienten nuestra desgracia más que nosotros mismos, haced que sea cierto que la victoria del domingo es la llave que ha de abrir las puertas de la cárcel á los que aquí permanecemos, víctimas de infames delaciones. Deshaced los tentáculos de la reacción que nos oprimen y amenazan ahogarnos. Nuestra libertad es para nosotros vida, es el pan para nuestras familias. Nuestra libertad es para vosotros la victoria, el honor. Nuestra libertad es para España cédula de nación digna de figurar entre los pueblos progresivos.—Por los presos:

Federico González, José Sort, Joaquín Tomás, Ramón Escudé, Mariano Pedrós, Jaime Pou, José Ribalta, Delfín Martí, Pedro Botey, Mariano Montaña, Juan Garrós, Nicomedes Nohux, Mariano Rubiol, Ramón Munté, Juan Mateu, José Uriach, José Burgos, José Comas, José Morató, Salvador García, Juan Baiges, Ambrosio Sanmartí, Mateo Ferré, Bautista Balsas, Blas Ozco, José Martí y Miguel Torras.

Tienen razón en cuanto dicen los firmantes de esa petición, y los liberales el deber de atenderla.

Si no han venido á remediar los males causados por Maura, ¿á qué han venido?

Concedan la amnistía cuanto antes, y justificarán su permanencia en el poder.

MODERNISTA

¡Cincuenta años de obispo!

El venerable obispo de Málaga se siente viejecito... y como la *viejecita* de la zarzuela, se ha mirado en el espejo de la conciencia y de la historia, y al ver tan *chiquito su pie*, ha decidido venir al sarao de la prensa, y no precisamente á bailar,

sino á ver si recuerda los tiempos que alegres pasaron y no vuelven más.

Aquel viejecito, casado desde muy joven con la más Vieja Iglesia, la contempla también á ella de su brazo en el espejo de su conciencia; ¡hace cincuenta años que celebraron su bodal, y la mística pareja recuerda... recuerda... Ambos cónyuges se callan lo que recuerdan de sus dulces intimidades, los idilios de su casto himeneo, esconden la media donde han ido metiendo los centenes y peluconas para que los hijitos no se enteren, y vienen al sarao de la prensa á recordar ¡ay!...

Pero oigamos al místico esposo de la mística esposa hablando á la familia...

¡Cincuenta años... «en los cuales nuestra religión y nuestra Patria han sufrido tanto, han padecido tanto, han vivido en constante agitación y guerra despiadada!»

Tiene razón el buen viejecito: la Religión Católica en nuestra patria *sufre y padece* una guerra atroz... Todos los días el gobierno y los tribunales denuncian boletines eclesiásticos, prohíben los mítines episcopales en los catedrales, impiden manifestaciones de viacrucis y rosarios, destierran predicadores... Las cárceles de Cataluña llenas de frailes y monjas, los presidios rebosando de párrocos y canónigos, y, por último, la masonería triunfante fusila al obispo Ferrer en Montjuich, lamentando no poder fusilar á todos sus correligionarios y confiscar todos los bienes de las mitras prelales y de las herencias monásticas.

Esto es atroz: ya no se halla en España un fraile para un remedio, ni una monja que

haga de sanguineja en caso preciso; la policía persigue como sospechoso á todo el que se atreve á confesarse; los pobres obispos son paseados desnudos como en el tiempo de Osio, y les cortan la lengua como al de Gerona, y los ahorcan en el palacio real como al de Florencia... ¡Qué persecución más atroz! ¡esto no es vida!... Mejor estarían en China, mejor estaban en tiempo de Nerón; mejor le iba á Cristo... ¡Oh, sí! Cristo vino en mejores tiempos... A él no le quitaron la compañía de su buena amiga Magdalena, ni de su buen amigo Juan; al ilustísimo Ferrer fué lo primero que le quitaron, sus amigos y sus amigas... Sólo le dejaron suelta la suegra... la madre de Soledad Villafranca... Esa fué soledad, la del obispo Ferrer, fusilado en Montjuich, á quien para mayor burla le enviaron de amigo al anarquista Font, con el mandil colgado, para exhortarle á desfallecer...

Tiene razón el venerable señor obispo de Málaga; la religión sufre... la religión padece una guerra espantosa...

¿No es el obispo de Barcelona el fusilado en Montjuich? ¿No son los frailes y jesuitas los encarcelados? ¿No son los congregantes los desterrados? ¿Son los otros? Pues entonces ¿qué quiere y qué le falta á ese buen viejecito que sueña guerras y padecimientos y sufrimientos?...

El buen anciano tiene razón. Oigámosle. «La Iglesia... sus ministros descaídos, incendiados sus templos, sus derechos usurpados, su supremacía discutida, desconocidos sus fueros, su ser mismo amenazado, y su constitución negada por enemigos y falsos amigos...»

Pero, señor obispo: ¿dónde están esas visiones terribles? Porque en la *Ilustración*, en *Blanco y Negro*, en *Los Sucesos* y en la *Campana de Gracia* yo veo siempre á los ministros del Dios Pontificio (no del Dios de Buda ni de Mahoma) en lugar preeminente y en primer término... ¿Que nace un infante? Allí están. ¿Que se casa un rey? Allí, de rodillas ante ustedes. ¿Que se muere? Ustedes allí. ¿Que salen las tropas? Allí. ¿Que hay recepción diplomática? Allí... En el palacio real, en los ministerios, en los gobiernos civiles, en las alcaldías, en las cárceles, en los hospicios, en los cementerios, en los bautizos, en las bodas, en los funerales, por mar y por tierra, por dentro y por fuera, en todas partes se hallan ustedes, y siempre en primer término, ¡incluso en los toros!... allí están con la unción preparada... Y aún al lado del patíbulo... En el Banco de España, ¡ustedes!; en ferrocarriles, ¡ustedes!; en la Bolsa, ¡ustedes!; en la calle, en el hotel, en el teatro, ¡siempre ustedes! ¡y siempre los primeros! En las academias, en las universidades, en los institutos, en los presupuestos de Palacio, de Estado, de Guerra, de Marina, de Gobernación, de Gracia y Justicia, de Hacienda, de Instrucción; en los notarios, en los agentes de negocios, ¡ustedes, siempre ustedes!... inmensos como Dios, con el dón de ubicuidad y de infinitud. ¡Y siempre los primeros en las tomas! ¿Y á esto llaman *desacato*? ¡Válgame Dios con estos Mardoqueos irritables, é insaciables y descontentadizos!...

«¡Incendiados los templos!...» ¡Por Dios, señor obispo de Málaga, no exagerar! En cincuenta años se han incendiado en total treinta templos... ¡y han construido treinta mil!... ¡Vaya, señor obispo... seamos razonables! Si hay que ver los que se hunden hay que ver también los que se levantan. No nos quejemos; no va tan mal la cosa. Claro que duelen esos treinta incendiados. Pero no nos aflijamos demasiado. Con excusa de reedificarlos tendremos ocasión de dar otro sablazo á las viudas piadosas, y como nadie nos pide cuentas, gastaremos lo que gastemos y el resto... En fin; callémonos y alabemos al Señor por haber hecho una humanidad que le trató á él tan mal y á nosotros nos trata tan hidalgamente.

«Los derechos mermados...» Esto sí es doloroso... Aquellos tiempos eran otros; cuando los obispos eran señores feudales, con derecho de siervos, de alcabala, de horca y cuchilla, de pernada, libres de pechar... Y aquello de poder asar vivas á las mocitas que se negaban á entregarse á nuestros pajes, como hizo un obispo, y de mirar si eran vírgenes ó no las Juanas de Arco, para asarlas si lo eran, por serlo, y por no serlo, si no lo eran; aquello de tener *cárcel de corona* y *cárcel episcopal*, con cepos de aquellos y potros de aquellos... ¡Ciertamente: aquello era divertido, aquello era fuero!... Ahora, para hacer prender á un descamisado Verdader, hemos de contar con el gobernador de la provincia y tenerle contento para que nos mande sus mozos de la escuadra; para tener encarcelado á un parroco como Barona, hay que razonar autos; y para obligar al gobierno á que nos enchiquire á unos millares de bandidos, hemos de valernos de la *De-*

fensa Social, y necesitamos mendigar de rodillas el favor de la represión que nosotros nos podríamos tomar por nuestra cuenta, y en vez de cortar cabezas á destajo, los Tribunales gastan resmas de papel en Considerandos y Resultandos, y en consejos y vistas, que, total, acaban con una futesa de cinco fusilados, un centenar de cadenas perpetuas, y lo más unos destierrillos... ¡Rediós, si hubiésemos estado en aquellos tiempos!... Esa Soledad Villafranca, ¡vaya una hembral!... ¡Qué lástima que nuestros teólogos no la hayan podido catequizar, y nuestros frailes santiguarla, y todos juntos verla retozar en la hoguera!... ¡Con lo que dicen que es!... ¿Y luego en el potro?... ¡Aquello, aquello era fuero y derecho y gracia de Dios!... Es cierto: ahora no sabe uno para qué vive; sin poder matar, ni ahorcar, y tener que pechar, y no poder perniquebrar... ¡Cincuenta años!... ¡Cuánto bien de Dios perdido! ¡Y cuánto habríamos podido ver y oír y disfrutar!...

Pero, ¡bah!, consolémonos con nuestra santa religión, manantial inagotable de consuelos.

No ha perdido la vida el señor obispo de Málaga. En cincuenta años de obispado, ha tenido la inefable dicha de consagrar y comer 18.250 hostias y apurar otras tantas vinajeras, que, á treinta gramos de vino antes de la consagración, son quinientos cuarenta y siete y medio litros de vino, y después de la consagración fueron otro tanto de carne y sangre divino-humana. ¡Dieciocho mil cuerpos de Jesucristo! ha comido, haciendo en las misas *tres y medio millones* de cruces, un millón de genuflexiones y... ¡cobrando dos millones de perros-chicos!...

¡Qué cosas tienen las matemáticas aplicadas á la economía eclesiástica! Pero es así... sin más remedio: números cantan. Eso de contar las perras se hace algo estomago, parece prosaico inclusive... ¡Cuán prosaicas son las matemáticas!... Apartemos los ojos de la bolsa de las perras, dejándola bien cogida con las manos, y con los ojos de la fe contemplamos las ánimas que han salido del purgatorio... ¿Cuántas? ¡Dieciocho mil!... ¡Psch! Esos teólogos no valen un pito; según sus cuentas, lo mismo pueden haber salido un millón que ninguna... A las perras nos atenemos: si aquellas no han salido, éstas sí han entrado en nuestro purgatorio...

¡Cincuenta años de obispo!... ¡Oh, qué bueno es Dios! A 25.000 pesetas de presupuesto, un *millón doscientas mil pesetas* mondas y lirondas, atraídas con bendiciones al aire, y atrapándolas como esos prestidigitadores atrapan los naipes... Sí, señor: hay algo de parecido... ¡Zis, zas!... bendición va, bendición viene... Y á primero de mes... ¡nominal!... y á toca teja... Y luego los otros *presupuestos* palatinos... ¡Je, je, je!...

¡Cincuenta años!... En cincuenta años el pueblo español ha pagado al matrimonio Fábrica y Clero... ¡friolera!... *diez mil millones de pesetas*...

¡Qué barbaridad!... Si esto es guerra...

¡Cincuenta años de obispo!... El señor obispo de Málaga va ya para viejo...

Las preguntas á que deberá responder, son éstas:

¿Cuántas almas has convertido? ¿Qué bien has hecho? ¿Cuántos presos has liberado? ¿Cuántos oprimidos redimiste? ¿Cuántas injusticias evitaste?...

Mientras el señor San Pedro vaya haciendo el interrogatorio, pareceme ver al buen viejete cabizbajo, con las manos en el bolsillo manoseando las peluconas, y murmurando entre dientes:

—¡Un millón doscientas cincuenta mil pesetas mondas y lirondas!... ¡Dos millones de perras chicas!... ¿Qué diablos harán de ellas los diablos de mis herederos?...

UN DOCTOR MODERNISTA

A ojo de buen cubero

Dícese que en la entrevista tenida por el Papa y nuestro ministro de Estado, se expresó el jefe de los creyentes en esta forma: —Confío en que la mayoría de los españoles son católicos.

Si la frase es auténtica, lo siento por la infalibilidad del sumo Pontífice.

La mayoría de los españoles no es católica, como no se entienda por catolicismo la ignorancia, la estupidez y la rutina. Entonces sí: la mayoría de los españoles, los que trabajan la tierra lejos de las grandes ciudades, no se han incorporado aún al movi-

miento progresivo iniciado por lo más selecto de España, y viven en plena Edad Media, en un ambiente nirvánico, propicio á la asfixia moral del hombre por todas las religiones habidas y por haber.

Los demás, exceptuando los que luchan en la vanguardia del progreso á cara descubierta, son feudatarios de la hipocresía, conciencias camaleónicas que cambian de color en las mudanzas del tiempo y papan su alimentación á todos los aires.

¡Creyentes! ¿He dicho jefe de los creyentes? En España no los hay de verdad. Es un simple negocio eso de las creencias; valores ficticios que se cambian por valores reales en un pacto convencional. Aquí el pontífice no impera sino sobre conciencias dormidas ó conciencias echadas á perder; farandulería todo.

Y vaya descontando: inconscientes, ocho millones; hipócritas, tres ó cuatro; enemigos de la farsa religiosa, los demás, hasta completar el número de los pobladores de España. Venga una ráfaga de libertad que despierte á los amodorrados, rompa las cintas de todas las caretas y reavive á los despiertos, y no quedará nada del dominio que usufructúa la corte pontificia. Hoy la religión se traduce para el Papa en el dinero que se le envía desde aquí: tantos millones de pesetas anuales, tantos borregos que dejan su esquileo en los apriscos católicos. Pero la fe y la ortodoxia no existen sino en los recovecos espirituales de cuatro viejas chochas.

El Papa confía; pero, por esta vez, se le ha ido el Espíritu Santo, con la perspicacia y la infalibilidad, á las regiones celestes, que ni él ni yo sabemos en cual piso del espacio infinito tienen su delimitación señalada.

Situación triste

Absuelto el cura aquel de Tordesillas á quien se atribuyó la muerte del mancebo de una botica que quiso acudir en socorro de la honestidad de la criada de la casa, el día 18 del corriente presentóse á decir misa en la iglesia de San Pedro.

Verlo el público, alzarse un murmullo general, y abandonar los fieles el templo, fué todo uno; sólo dos ó tres beatas permanecieron quietas.

Esto demuestra que ni ciertas condenas infaman, ni ciertas absoluciones redimen.

Debe ser terrible la situación del hombre que se ve juzgado injustamente; aunque nunca como la del que se ve absuelto legalmente por falta de pruebas, si la opinión sigue juzgándolo culpable.

Compadezca á ese cura, si no consigue que la conciencia pública se penetre de la justicia del fallo recaído en la causa que se le formó.

El santo mendrugo

La contienda entre el monaquismo y el clero secular en España ofrece un interés palpitante en estos momentos, porque sintetiza exactamente el estado de la Iglesia. La lucha es antigua y la misma en el fondo; pero, según los tiempos, presenta distintos aspectos, muy interesante el actual.

Dividamos el campo.

En orden á los intereses, y este es nuestro gran punto de vista, tenemos de un lado los monacales de ambos sexos, gente cosmopolita, sin patria, y para decirlo con toda claridad, gente que es contraria al sentimiento del patriotismo, pues lo tiene por cosa vulgar y hasta nociva en asuntos religiosos. Una prueba de esto es que en el Concilio de Trento, el argumento más decisivo que los romanos adujeron en favor de la existencia de los regulares, muy discutida entonces, fué que, como no estaban influidos por el sentimiento de amor al suelo en que nacieron, podrían ser mejor que nadie una milicia fuerte y aguerrida que peleara en todas partes por los intereses de Roma. Palavicini así lo hace constar, y bien lo confirmó después en un luminoso é imparcial informe el Conde de Aranda.

Los monacales se distinguen también por idéntica aversión al sentimiento de la familia, que denigran con palabras despreciativas, y al de la amistad, que condenan todas sus reglas como un delito funestísimo en las comunidades.

En el arte de acaparar, bien conocida es su extremada pericia, que acreditan las historias y los refranes populares como tradiciones entre católicos. Pero lo peor es que el dinero que cogen es perdido para el país de donde sale, y al que no volverá de modo alguno, porque es enviado al extranjero, donde residen todos los centros directivos monásticos. En ellos rige este principio que muchos ignoran por acá: *«Todo convento que no produce para sostenerse y algo más, debe ser suprimido; y este otro: «Sin tener seguridad perfecta de que una fundación rendirá desde luego sus gastos con toda puntualidad, no debe ser intentada.»*

Las naciones son, como se ve, para el fraile y para la monja, simplemente tierras de cultivo más ó menos pingües.

Los procedimientos monacales se reducen á estos cuatro: mucha y audaz obstinación, tacto de codos, muy poca ó ninguna vergüenza, y no reparar en medios, tocando siempre el resorte de la vanidad y de las pasiones locales, ó los ardides piadosos que ellos llaman *mentiras inocentes*; y sobre todo y ante todo, el desercito de los curas, aunque sea necesario llegar hasta la calumnia.

Del otro lado tenemos al clero secular, que es genuinamente español, con todos sus defectos y virtudes, porque en el Seminario no se cuidan ó no quieren quitarle el amor de la patria, y tampoco el de la familia, (que algunos exageran un poquito en ocasiones), ni las afecciones que hermosean la vida, como la amistad, el deseo de gloria, el gusto por las diversiones honestas y cierta noble independencia de carácter, con su poquito de española altivez, cuanta permite la educación del Seminario.

Si hiciéramos una estadística, lo que no es imposible, del número de conventos y de individuos que los pueblan, veríamos que exceden ya al de los clérigos, y calculando lo que aquéllos *sacan* de aquí, nos convenceríamos de que es casi una tercera parte más de lo que suma el presupuesto del clero y lo que éste percibe por la misa y el pie de altar. Pero con la diferencia de que los curas se gastan aquí lo que aquí ganan y no ahorran para mandar á ningún acervo extranjero. Esto es de capitalísima importancia.

Los procedimientos clérico-seculares para buscarse los garbanzos, no hay duda que son mucho menos sordidos ó innobles; y véase lo que somos los españoles; aquí el clero, que sabe y harto experimenta cuál y cuánta es la iniquidad que le profesan los monacales, no los desacredita, sino que se constituye por espíritu de disciplina, aunque llorando lágrimas de sangre, en su corifeo y panegirista decidido; en cambio, el fraile tiene por táctica desacreditar constantemente al clero secular.

El clero no se vale tampoco de falsedades piadosas, ó cuando más, sigue porque es de moda, y de mala gana, las invenciones frailunas: su sistema consiste únicamente en atenerse al ritualismo oficial de la Iglesia. Por cada uno que sepa acaparar, cincuenta apenas saben vivir, y es frecuente ver al clérigo encargado de una Iglesia ó parroquia, aguantar el chubasco de la desgracia cuando vienen mal dadas y á las veces pedir trabajo en una carretera y vivir muriendo antes que separarse de la Iglesia y de los paisanos con que se ha encariñado. Esto no lo hizo jamás fraile ni monja en nuestros reinos. ¿Se acabaron los productos? Pues á otra parte.

Los clérigos van mal vestidos y viajan por lo regular en tercera; viven con el pueblo y entre el pueblo y participan de sus costumbres y sus sentimientos. ¿Uno de ellos cae? No le vale ni la paz y caridad, porque no tiene detrás toda una Orden poderosa que lo ampare y que lo oculte y lo saque de la localidad, y alborote el cotarro clamando ¡calumnia!... ¿Quiere elevarse? Tiene que hacerlo como cada hijo de vecino, por sí mismo: para él no hay toda una legión fuerte y rica que pregone su fama, que es la de todos sus colegas.

Estas son las cualidades de ambos bandos en materia de intereses y medro: en el terreno de las ideas, que no es punto bala, la clasificación es otra, y en verdad no menos digna de atención en este curioso é imparcial estudio; pero los intereses más que las ideas son causa de esta eterna contienda.

JOSÉ FERRÁNDIZ

“In utroque,”

A la Congregación de San Roque, d Tortosa, le tocó uno de los premios gordos de la pasada lotería de Navidad.

A Dios rogando y con el mazo dando, se dirán esos buenos creyentes;—ya que tenemos asegurada la felicidad en el cielo, hagamos cuanto nos sea posible por gozarla también en la tierra.

Y siempre de momio, así en la tierra como en el cielo.

LA INFLUENCIA JESUÍTICA

Es un hecho que nadie puede negar. Los jesuitas, por medio de sus Congregaciones y Colegios se han hecho dueños de la juventud; por medio del confesonario se han apoderado del mujerío; por el mujerío son dueños de las casas y dirigen las familias, y por todas partes han extendido sus medios de acción, cual enorme y sutilísima tela de araña. Esa influencia ¿para qué se ejerce? ¿Qué pretende la Compañía de Jesús al hacerse directora de los pueblos? ¿Logran los jesuitas hacer mejores á las gentes? Consúltese la experiencia y se verá que no.

Veréis en la sociedad hombres dominados por las pasiones más pecaminosas; la soberbia, la avaricia, la lujuria. Los veréis que por

la soberbia quieren dominar á todo el mundo, jamás conceden un error propio, todo lo perdonan menos una humillación, y no parece sino que pretenden reinar solos y únicos sobre una muchedumbre que, con la frente pegada en el polvo, les adora. Lévalas la avaricia á hacer que ciencias, artes, política, familia, amistades, todas las energías de la vida se empleen sola y exclusivamente en lograr dinero, que es la llave que abre las puertas de todas las grandezas, consideraciones, prestigios y placeres. En brazos de la lujuria va la humanidad contenta á todas las abyecciones, envilecimientos y torpezas.

En esto, preséntase en la palestra la obra redentora del jesuitismo. Los padres de la Compañía dedicanse con ardor y actividad incansables, á fundar asociaciones que den espléndido culto á Dios, á la Virgen, á los santos. Empiezan en la localidad las novenas, los tríduos, los ejercicios en que las paredes del templo se cubren de vistoso terciopelo; las arañas suspendidas en las altas bóvedas semejan luceros del manto de la noche desprendidos; el altar se convierte en florido jardín donde los frescos matices de las flores se mezclan con la amarilla cera de cien y cien bujías; ante dorada y fantástica aureola, se ostenta la imagen del Corazón de Jesús con cara francesa y sonriente; y las nubes del incienso y los cánticos piadosos y los torrentes armónicos del órgano, forman un conjunto capaz de alarmar la imaginación menos despierta, haciendo que le crezcan alas para volar desde este valle oscuro de miserias á regiones etéreas de luz y perfección y bienandanza.

Empiezan á verse verdaderos enjambres de señoras, á la más encopetada alcurnia pertenecientes, rodeando el confesonario de los padres, fuente silenciosa y escondida donde ellas beben santidad, heróicas virtudes, ciencia arrebatadora, espíritu cristiano. Abrese colegio suntuoso donde, sacrificando siempre las artes y el buen gusto, hay sala de visitas adornada con los vistosos y anticristianos símbolos y escudos que adulan la vanidad de los fundadores. Grandes galerías con retratos, por supuesto en infames grabados ó pinturas, de los santos de la Compañía; iglesia de esas gótico-francesas, y, desde luego, sus cuadros de honor, en que siempre aparecen los hijos de los que más dinero dan á la Compañía.

Ha llegado entonces el momento supremo. Ya están las mujeres y los chicos; es necesario asociar, sujetar, dirigir también á los hombres. Entonces se echa mano del eterno duque de Gandía ó Francisco Javier, para que dé su nombre á la Asociación; se pone al frente de la lista de congregantes el nombre del capitán general, gobernador, presidente de la Audiencia etc., etc. La obra está completa; la población es ya un feudo del jesuitismo, un coto redondo donde tan sólo los hijos de Loyola pueden cazar; los trabajos apostólicos de la Compañía se han visto coronados por el éxito.

Eso sí; los soberbios siguen tan soberbios como antes ó algo más, porque á todos sus orgullos han añadido el de creerse santos; pero son soberbios con escapulario, soberbios llenos de vanidad y congregaciones, soberbios católicos fervientes. Los avaros siguen atesorando, practicando la usura, dando culto ardiente absorbedor de todas las energías de la vida al oro, pero son avaros con comunión reparadora, tríduo de desagracios y día de retiro. Los lujuriosos continúan con sus devaneos, sus pecados, sus miradas obscenas aún en el templo, pero son lujuriosos hermanos de la Inmaculada, lujuriosos con ejercicios espirituales, lujuriosos del Apostolado de la Oración.

Así, basta dirigir una mirada imparcial, exenta de pasión y de prejuicios, para ver que la diferencia entre las ciudades que dominan los jesuitas y las que llaman impías, no consiste en que en las primeras las gentes sean buenas y perversas en las otras. No; la diferencia consiste en que en las segundas los hombres tienen los vicios sin olor á incienso, y en las primeras los tienen en la misma magnitud, pero adornados de un rosario y envueltos en un estandarte.

Bilbao, por ejemplo, es hoy un triunfo indiscutible del jesuitismo, y es la ciudad donde la prostitución ha llegado á todo su apogeo.

GIL BLAS DE SANTILLANA

¡Vaya un gramático!

De una carta dirigida por el P. jesuita Jesús María de la Mata, residente en Granada, á su amigo y antiguo discípulo Agustín Mendoza:

«Gracia á dios l'a yego el tiempo de que quisieras escribir, ala que te contesto con esta para que seas que no te guardo rencor y dispensame no sea más larga pues tengo

mucho que rezar y también disciplinarme y aora que te digo esto me estoy acordando de aquello que tú cantabas cuando estabas interno y por lo que te castigue tres meses sin postre...»

Aquello es una composición «poética» que concluye así:

«Y prometo antes de un año
ejercer la caridad,
hacer vida de ermitaño
y azotarme sin piedad.»

Ese padre ha sido profesor de Gramática en la Compañía. Y á sus discípulos les han dado calabazas en el Instituto. Por eso me parece de perlas su resolución de azotarse sin piedad.

Es una inspiración divina.

Justicia humana

Estaba satisfecho de su debut. Había perdido la vida de un hombre y obtuvo la sentencia de conformidad con la petición. Es verdad que su tarea fué muy sencilla; el reo era culpable de robo, incendio y asesinato, con agravantes que ponían los pelos de punta; la defensa había estado muy débil, pero no podía hacerse otra cosa; los crímenes estaban probados hasta la saciedad y el reo obró como quien no tiene ya interés en defender su cabeza; parecía deeseoso de que acabasen los debates, fuese del modo que quisiera, y pareció satisfecho cuando le leyeron la sentencia. ¡Todo había concluido!

—¡Ya era tiempo!—exclamó aquel salvaje, sonriéndose bestialmente y mirando con indiferencia á sus jueces.

—Debí haberme ayudado un poco—murmuró el defensor.

—Hubiera sido igual—contestó el reo.

—Si añadió el abogado—, pero no habría resultado tan deslucida la defensa.

—¡Ah!—exclamó el reo, mirando fijamente á su defensor—. Me hubieran ahorcado de todos modos, pero usted se habría lucido. ¡Hombre, haberlo dicho!

Cuando lo llevaban nuevamente á la prisión, oyó que un abogado viejo decía á su acusador:

—Ha estado usted muy feliz; para ser la primera vez que actúa de acusador no podía pedirle más. Ha sabido usted buscar efectos dramáticos y dirigirse directamente al corazón de los jurados. Entra usted en la carrera por la puerta grande. Compañero, ¡le felicito!

—¡Oh!—contestaba el acusador, ruborizándose como una tímida doncella—. ¡Se ha hecho lo que se ha podido! La voz del abogado era trémula; el placer de oírse alabar por un viejo maestro le conmovía.

El sentenciado oyó perfectamente el diálogo. —Estos piensan que es una obra de arte hacer ahorcar á un hombre y se felicitan por haberlo conseguido. No está mal.

Los periodistas se agolpaban á su paso, querían recoger sus palabras y sus gestos para saciar la curiosidad pública. Hicieron su retrato y los periódicos ilustrados multiplicaron la tirada. Sabían excitar admirablemente la curiosidad.

A través de los muros de la cárcel llegaban hasta el reo los ecos de la popularidad que había adquirido. —Si fuera vanidoso—pensaba—tendría motivos para estar satisfecho. Y lo estaba realmente. Miraba á sus visitantes y á los empleados de la cárcel con desdenosa superioridad.

Un solo pensamiento lo atormentaba. —¿Moriré diciendo que estoy arrepentido de mis delitos y pidiendo perdón á la sociedad, ó arrojaré de mi lado á este cura que zumba siempre las mismas palabras, como un abejorro negro? Esto le hacía meditar profundamente.

Por fin oyó la voz del egoísmo y se dijo: —Cuanto más piadoso me muestre, mejor me tratarán. Seamos aquí cristianos, que ya veré lo que he de hacer en el patíbulo. Y se dejó mimar y obsequiar por todos aquellos que le visitaban.

De vez en cuando levantaba la cabeza para mirar al cura y murmuraba: —Este es un animal de la misma especie que mi defensor. Cree interesado su honor profesional en que yo muera á su gusto.

Cuando llegó la hora de la ejecución se sintió cobarde. Antes no se había dado cuenta exacta de aquella realidad espantosa; entonces estalló su odio en palabras violentas; fué preciso sujetarle.

Subió al patíbulo entre horribles espasmos de furor y entre desfallecimientos de cobardía. Cuando lo sujetaron al palo en que había de morir miró á su alrededor con ojos extraviados, y lejos, medio oculto por una cortina, creyó ver el rostro del acusador que desde una ventana contemplaba su agonía. Sus ojos relampaguearon de odio, se cubrió su boca de sanguinolenta saliva, que escupió en aquella dirección, gritando con voz ronca: —¡Maldito seas!

El reo no se había equivocado; el acusador estaba allá medio oculto por una cortina, queriendo ver morir á aquel para quien él mismo había pedido la pena de muerte, y había recogido aquella última mirada impregnada de odio y creyó recibir sobre su frente, sobre su conciencia, mejor dicho, la impresión de aquel salivazo.

Vió la última contracción, la postrer mueca del rostro del ajusticiado y sufrió una terrible sacudida su espíritu. Se sintió enfermo.

Maquinalmente salió de aquella casa y se hizo conducir en coche á la suya. La fiebre encendía su sangre y engendraba horribles visiones en su cerebro.

—¡He cumplido mi deber!—murmuraba.—¡Era un monstruo! ¡Merecía el castigo que ha sufrido, y si las leyes tuvieran mayores penas que imponer, mayores las habría pedido! ¡Cuántos había en la sala del tribunal pensaban como yo, y hasta su defensor habría cambiado su misión por la mía! ¡He cumplido mi deber! ¡No tengo por qué acusarme ni por qué arrepentirme! Y, sin embargo, sus miembros temblaban y un sudor helado y pegajoso cubría su frente: su conciencia no estaba tranquila.

La sociedad entera desfiló ante sus ojos en su espantosa pesadilla. Veía un teatro profusamente alumbrado. En los palcos coqueteaban hermosas mujeres cubiertas de seda, de oro y de piedras preciosas; á espaldas de sus maridos sonreían á sus amantes. Pensaban en nuevas galas, en eclipsar por su lujo á sus rivales, y para conseguirlo no vacilaban en sacrificar su honra, vendiendo, su cuerpo y encanallando su espíritu.

El abogado veía á los hombres entregados febrilmente á sus negocios sin que su conciencia se conmoviera al realizar un engaño, ni su voluntad vacilara al ejecutar un despojo. Por todas partes veía sangre y de todos lados surgía hedor de muerte.

La sociedad entera sembraba su camino de violencias y de odio, pero cubriéndose con la máscara del honor y de la religión. Las víctimas sucumbían en la sombra, en el silencio; no se veían ni se oían, y las carcajadas de los felices ahogaban los sollozos de los desgraciados. El crimen se enseñoreaba de todo.

El acusador sintió sobre su brazo la mano del ajusticiado que tiraba de él, que lo arrastraba y le llevaba por abruptas montañas, donde el pastor temblaba de frío y languidecía de hambre, y le hacía descender al abismo de la mina, donde sucumbía el minero privado de luz y de aire, y le arrastraba á la casa del labriego á quien arrebataban el fruto de sus fatigas porque la tierra no era suya y el fruto de sus amores, porque la vida de los ciudadanos pertenecía á la patria... —¡Malditos seas!—repetía el reo, y su saliva sanguinolenta y pegajosa caía una vez y otra sobre la frente del abogado.

La crisis había pasado. Había sido terrible, pero la robustez y la juventud triunfaron. El abogado volvió al trabajo y prosiguió su tarea de arrojar cabezas á las manos del verdugo.

Cuando recuerda su espantoso sueño, tiembla; pero sigue ejerciendo su elevada misión y tratando de convencerse á sí mismo de que cumple un santo deber.

Es verdad que no lo consigue; pero es lo mismo.

J. AMBROSIO PÉREZ

Los vencidos

Si es cierto esto que publican varios periódicos, debe remediarse por humanidad.

«Adrián García, preso en la Cárcel Modelo como presunto autor de un atentado contra el Sr. Maura, se lamenta de tener á su esposa y tres pequeñuelos muriéndose de hambre. Además se ha negado el auxilio, en la Casa de Socorro, á una de sus niñas, gravísimamente enferma, por falta de algunos requisitos.»

Y, digámoslo de una vez; porque la mujer del preso no está casada.

Pues bien; aquí donde tantos excelentísimos ladrones andan sueltos del brazo de sus queridas, no estaría demás un poco de misericordia para el supuesto responsable de un atentado.

Carta interesante

Lo es la siguiente, que me envía un amigo desde Barcelona:

«Estimado amigo: En esta capital se publica un Diccionario enciclopédico por la casa ESPASA, que está escrito, en su parte biográfica, de un modo desastroso, pues no hay biografía de un hombre ilustre que se haya distinguido por sus ideas liberales y progresivas, que no esté desfigurada por inspiraciones reaccionarias. Baste decir que dirige la importantísima publicación el ex-jesuita Masriera y colabora en ella el imbécil Dalmacio Iglesias, yerno de Erasmo Janer y miembro de la Defensa Social.

Este diccionario, que está editado lujosamente y que difunde nuestra cultura nacional por toda AMÉRICA latina, representa el pasto espiritual de esta generación que surge ahora, (pues hay diccionario para doce ó catorce años, atendiendo á que van publicados 6 tomos y están en la letra A) y de la generación que nos ha de seguir, por lo menos.

¿No sería una bella obra llamar la aten-

ción del público sobre el criterio raneio y neo que se sigue al redactar una publicación de tanta transcendencia para la cultura? Claro es que al público todo no llegaría la voz de EL MOTIN, con ser tan bronca, pero su efecto repercutiría en la Casa editorial, que viéndose amenazada de una campaña crítica de resonancia, variarían de norma (estoy seguro de ello) ante el temor de perder suscripciones y desacreditar la obra. Porque usted no debía limitarse á anunciarles el palo, sino á amenazarles con una campaña en la prensa de Buenos Aires (especialmente) que es donde tienen más copiosa suscripción y venta.

Si usted no tiene tiempo para ocuparse de esto, tenga la bondad de trasladar estas líneas á quien crea con tiempo de sobra para realizar esta empresa, que considero de suma importancia.

Si usted supiera los horrores que van á salir en los cuadernos sucesivos referentes al matrimonio civil, el divorcio, etc., etcétera, tengo la seguridad de que atajaría usted el daño, pues aún es tiempo. Le repito que si ven las orejas al lobo, me consta que cambiarán de bisieto.

Excuso decirle que en las biografías figuran todos los jesuitas y frailes del mundo y casi todos los catalanes. Basta ser clerical y catalán (neo) para pasar á la posteridad en ese diccionario.

Le ofrezco el testimonio de su amistad.—J. C.»

No tengo realmente mucho tiempo para ocuparme de estos asuntos, mas haré cuanto pueda para poner de manifiesto esa nueva arteria de los reaccionarios.

Y como no conozco el diccionario, pido al amigo que me escribe una biografía de cualquier liberal importante que se haya publicado, para reproducirla y comentarla.

Y ruego á la prensa democrática, lo mismo de España que de la América latina, que se ocupe de este asunto, que puede contribuir poderosamente al desprestigio de los hombres de valía que existen en la península.

Que los clericales piensen de esa manera y hagan lo que puedan por lograr sus fines, ni es nuevo, ni me extraña; pero sí que una casa respetable y seria, como la de Espasa, se preste á hacerles el juego. Aunque también pudiera ser que no tuviese otra culpa que la de haber elegido para hacer el diccionario gentes que abusasen de su confianza.

De un modo ú otro, yo realizaré lo que he dicho, á menos que la Casa Editorial declarase que el diccionario se escribía con criterio clerical; en este caso respetaría el derecho que cada cual tiene á editar las obras con el criterio que le acomode.

Indulto general

Si usted, Sr. Moret, tuviera ahora un arranque de aquellos que á lo mejor tenía Sagasta, su antiguo jefe, ¡cuántas lágrimas enjugaría, dando un indulto general, calcado en el más amplio que él concedió, á los que en cárceles y presidios purgan delitos que no tienen comparación siquiera con el cometido por esos conservadores que en Jeréz han saqueado el Monte de Piedad, dejando en la miseria á tantas familias, y á quienes se trata de sustraer á la acción de la justicia!

Las durezas terribles de nuestro Código penal, el estado infame de nuestros presidios y nuestras cárceles, lo escaso de la alimentación que se da á los presos y la desnudez en que se les tiene, todo eso agrava de tal manera la pena que los jueces les imponen, que, con cumplir la tercera parte de la sentencia, quedan material y moralmente saldadas sus cuentas con la sociedad.

Conceda usted, Sr. Moret, ese indulto que piden presos y penados con motivo de haber terminado la guerra del Rif, y habrá hecho obra buena y justa, que sólo censurarán los que, ahorcados en su conciencia, son inflexibles con las faltas ajenas, cual si de esta manera ocultaran mejor los crímenes propios.

MISERIAS

Las hermanitas de los pobres que cortan el bacalao en Badajoz, tienen una buena cantidad de papel del Estado, poseen fincas y crían cerdos para que se aumente ó no perezca de hambre la cristiandad.

Como por allí anda rondando la miseria, más á medida que las hermanitas de los pobres se enriquecen, el Ayuntamiento ha suprimido una pequeña subvención destinada á las pedigüeñas religiosas.

Y es natural: los reaccionarios han puesto el gruñido en el cielo, pidiendo que los gorrinos de las hermanas sigan refocilándose en las gamellas del procomún.

Se conoce que ha sido muy mala ogaño la cosecha de bellotas católicas en Extremadura y que la fraternidad no es una palabra vana entre los clericales.

VICH

La recluta del clero

I.—*La glándula.*

Vamos a estudiar un fenómeno curiosísimo, si no el más curioso de la sociedad actual. En la Biología física los ojos más perspicaces y los microscopios más finos se estrellan ante los secretos genéticos; se llega a localizar las glándulas genitales en el órgano externo y las vesículas de que se originan en la médula espinal; pero aquella vesícula se convierte en arcano de los arcanos; la sacerdotisa Vida celebra allí sus solemnidades rodeada del misterio que no ha logrado penetrar la indiscreción humana; allí caen de rodillas el anatomista, el fisiólogo, el químico y el mecánico; todas las ciencias y todas las musas adoran en silencio y pasmo el gran sacramento del beso de los amores, visibles en sus efectos e invisibles en sus personas.

En el organismo social los átomos son los individuos, las glándulas son las colectividades; en su seno podemos penetrar para sorprender las funciones generadoras de estas formas psico-sociales. Una de las glándulas de mayor actividad en el mundo, sin duda la que más, en orden al clero, es ese dichoso Vich que estamos estudiando.

Su energía clerical irradia por toda Cataluña, por toda España, por todo el mundo, dejando profunda huella en la historia. Un vicario es obispo en el Tonkin; otro lo es en California; en Filipinas y en Cuba, en los antipodas del Norte y del Sur, ahí está el clérigo vicario salido de esta preciosa glándula. En todas las esferas sociales, allí está; en la secretaría del Papa, el cardenal Vives, que no es propiamente de Vich, sino de allí cerquita, y que merecía serlo; Vives es hechura moral de un fraile de Vich, el P. Ruperto de Manresa, secretario que fué suyo, y que luego dejó de serlo sin duda por la cuenta que a ambos les tenía. El padre Claret, candidato a santo, confesor de Isabel II, clérigo el más influyente en la política española del pasado y presente siglo, y con cuyo espíritu tuvo recientemente una larga entrevista a propuesta de una *medium*, Claret de allí era, y un sobrino suyo fué mi condiscípulo. Balmes, el Lamenais español, que no tuvo tiempo de renegar de Vich ni de la Iglesia, de allí era, de la misma ciudad. Y de allí, de un pueblecito a dos lenguas, era el genial e imponderable Verdaguier. Claret, con sus *Sermones*, con su *Camino recto* y con su *Colegio instruido*, llevados al fondo de las Pampas y al centro de Andorra por sus hijos, hace estremecer millones de cocineras, de mozos de labranza, de niños asustadizos y de seminaristas; Balmes, con sus obras traducidas a todos los idiomas, tiene concentrada en profunda meditación la atención de millones de profesionales; Verdaguier, con sus melodías, hace palpar y enardecer millones de corazones.

Al lado de esos tres brillantes focos, está el clérigo hurano, pedante, fantasmón, insustancial e imposible; el pretencioso de los grandes respetos y reptil de todas las pequeñeces; el rezador de maitines, lamador de cálices, confeccionador de sacramentos, chillador de responsos, colector de ofertas, firmador de nóminas, dormidor de siestas, matador del tiempo, paseador de la teja, lanzador de cruces, disparador de bendiciones, cometedor de pecados y cumplidor de penitencias.

Allí tienen sus matrices el instituto de claretistas, que, para afeor el origen de Cristo concebido en el útero de su Madre, se han engendrado, como Buda, por las costillas, y se han declarado humildes *Hijos del Inmaculado Corazón de María*; blasfemia y barbaridad de la cual nadie se asusta en aquella bárbara colonia teológica; el instituto de hembras hijas del P. Coll, no sabemos si del corazón o de qué sitio; éstas son blancas y azules; y el otro instituto del Escorial, pardas, negras y blancas, ó sean franciscanas. Esos tres institutos están desparrramados *urbi et orbi*.

La recluta de varones sigue un procedimiento; la de mujeres otro. El tipo que interesa desde luego es el *reclutador de hembras* para el convento: es un tipo singular.

II.—*Recluta de hembras.—El gancho.*

El reclutador es un especialista. Entre el clero suele tener fama de truchimán y de hipocritón. La afición al arte suele apuntar desde joven, apenas le dan permiso para absolver los pecados y para mazomearlos. Su tipo físico suele ser finito, gazmoño, de pronunciado feminismo; mórbido de carnes, requitocompuesto de formas, gacho de cabeza, melifluido de voz, lánguido de tono, suspirante de habla, gran pantomima de ojos, aparentador de misticismo, simulador de escrúpulos, y abrasado, a su decir, en el amor divino, con el cual penetra y escarba el cerebro de las muchachas bastante vivas para sentir sus insinuaciones y bastante tontas para no ver el doble fondo del cubilete místico-pardo.

Los más famosos que yo conocí coincidían en tener los ojos azules: Antonio Cortés, Mariano Serra, Tomás Serra y... ¡no recuerdo! han pasado veinticinco años, y entonces yo no me fijaba en estas tonterías; estaba ocupado en los juegos malabares seminarísticos. Dejo esta nota para que otros

psicólogos puedan confrontarla y medir su valor trófico.

III.—*El procedimiento psico-fisiológico.*

El procedimiento para hacer monja a una mujer, dejando aparte las mil particularidades de los casos individuales, es muy simple: excitar el furor uterino en su sitio, resolviendo ideas, imágenes, historias, cuentos y ejemplos de origen ó finalidad uterina, y excitar luego en el cerebro el horror al placer físico primeramente, y despertar luego al placer cerebral (1) de torturar el útero. La primera parte arranca la mocita del orden regular de su sexo, le hace tomar asco a la honestidad del placer y odio a la maternidad; por la segunda parte es arrastrada a pedir con furiosas súplicas la entrada en el convento, en donde pueda dedicarse de lleno a atormentar su útero con la excitación de la imagen profesional «soy virgen» que la pone constantemente en presencia de la tentación, y con la privación y mortificación dispuestas en las reglas.

Como se ve, esta labor es facilísima para cualquiera tunantillo que sepa decir entre anhelos el consabido: *¡hijita mía! pobrecita mía, palomita del Señor, linda virgencita, y más si sabe poner oportunamente los ojos de cordero degollado y derramar algún lagrimón y enjuagarse con agua florida y hacer cuatro flirteos en el altar y en el púlpito... ¿En el confesonario?...*

Lo que pasará por dentro de ese sujeto no es fácil adivinarlo. Si en pleno euchi-cheo idílico se enfocasen sobre el confesonario los rayos X para transparentar las ropas, no siempre el misticismo aparecería tan cándido. *Latet anguis in herba.*

IV.—*Magnetización.*

Ese tipo, presentando ante la chiquilla como encarnación de la Divinidad por los padres, maestros y libros; por la Historia, por el Estado y por la Iglesia, cuyo consejo es siempre santo y cuyo dictamen es siempre infalible; este prestigio escandaloso é inmorale aumentado por el atractivo sexual y por el artificio eclesiástico, no necesita de gracia alguna para sacar del seno de la familia a la infeliz joven, puesta en calentura por la edad y en delirio por la magia escénica, y hundirla en el convento, en el cual toda entrada es buena y toda salida imposible; para lograr este milagro, basta la desgracia de una criatura que no halla contraste a tan artera seducción.

V.—*Prima al reclutador.*

De este modo se cazan las hembras ricas, las pollitas más vivarachas... ¡y las más hermosas!... con preferencia las hermosas. El reclutador siente placer infinito en robar a un esposo anónimo la mujer linda, imaginando en su fantasía de sadista, las contorsiones crueles de aquel cuerpo angelical ante aquellas tentaciones y ensueños que describió ingenuamente Eloísa. ¡Oh, el reclutador no ignora la biblioteca mística y conoce muy al por menor esas tragedias horribles del convento; sabe que su penitente será devorada, y que de mil una se librará de caer; él conoce la fisonomía y mímica de esos suplicios... ¡y los sabores, y los gozos en su imaginación de sátiro místico!... Sabe que la herencia pasará a la comunidad y será arrebatada a unos hijos posibles ó a parientes necesitados; sabe que esto es inmoral; sabe que esto es anticristiano y difamador del cristianismo; sabe que el mundo se indigna a cada víctima de estas; lo sabe todo, no ignora nada; pero ¿qué vale el alma de aquella criatura, ni su fecundidad, ni sus hijos, ni el honor de Cristo, ni el escándalo social, ni la injusticia, ni un placer suyo, que le asegura la posesión perpetua del corazón de aquella víctima, la recompensa de la comunidad y un aplauso del obispo?

VI.—*Cómo se pega la hermosura.—La monja rica.*

La hembra rica metida a monja tiene para la Iglesia en general, para la comunidad, para el obispo, para el catequista, para el pueblo y para la interesada y su familia, especialísimos aspectos que no hay lugar de describir y he de reducirme a enumerar. Para Roma, es la exaltación de sus órdenes y la participación en sus rentas; para la comunidad, es el enaltecimiento de las compañeras plebeyas y el momio de la fortuna; para el obispo, es un mérito ante el Papa y una influencia en la Orden; para el catequista, es ambas cosas a la vez, y además de la prima posible, el desposorio místico con la *interfecta*; para el pueblo, un ejemplo seductor; para la familia, los plácemes del ejército místico-bribónico (frase de Campion), y para la interesada, sobre el presunto placer del sacrificio voluntario, tiene el de la singularidad, la lisonja, el prurito de invertir y contrariar la costumbre, la vanidad de la celebridad.

VII.—*La monja pobre.*

La caza de la pobre es más fácil, sobre todo si es fea. Para estas criaturas el convento es un porvenir tranquilo, libre de cuidados, con relativa personalidad, sin las molestias matrimoniales, sin embarazos, partos ni lactancias, sin miserias ni quebraderos de cabeza... En la parte amorosa, la religión se adapta con relativa facilidad al refinamiento del sentido erótico. Para su

(1) De algún modo he de llamarlo. Ellos lo llamarían *espiritual*, como podrían llamarle otra cosa.

sensibilidad aguzada, una palabrita hace el efecto de un beso estremecedor; la mirada de reñón suplente al abrazo; la carta hace las veces de la entrevista. Luego vienen las fatigas tentaciones de la meditación, las visiones obscenas, los ensueños brujescos; con la particularidad de que el amor no satisfecho es más punzante, persistente y caprichoso. Esto sin contar los amorellos del confesor, del padre ó del director, y otros incidentes que no son de este caso, para no ofender los castos oídos de los lujuriosos cerebros vicensos.

En la ciudad hay siempre media docena de reclutadores. Alrededor de sus confesonarios se amontonan las hijas de María, como abubillas alrededor del espejuelo. Los papás ricos ven con agrado que la hija vaya al convento a pagar a Dios con mortificaciones lo que ellos pecaron; los pobres ansían la profesión como gran honor para la familia.

VIII.—*Recluta de varones.—Los ricos.*

La recluta de varones es muy distinta. Los ricos empujan al seminario al tonto ó apocado. Quizás sea un medio de depuración de la raza. El degenerado de cuerpo y de espíritu queda con esto eliminado de la procreación y viene a ser una castración por medio del *santo cingulo*. No usan allí razones tan elevadas, sino algo inferiores. Realmente el hijo-cura, guarda intacta la legítima y aun suele aumentarla para los hijos del primogénito. Es la manera de sacar del acervo eclesiástico unos miles para dote de las sobrinias futuras. Además, el tío-cura suele ser un excelente tutor y un administrador tacaño en caso de faltarles los padres. Con un poco de suerte, ascendiendo, llega a canónigo, a obispo... ¡un capital en perspectiva! y en todo caso, no come de la casa, ni merma el patrimonio, ni da disgustos, ni pasa azares. La Iglesia los acepta porque nada pierden con ellos. Aseguran la fe del linaje, y *visiten* a los procedentes de clases humildes. Es el contrato implícito del *do ut des*. Las familias principales de Vich tenían su hijo-cura. Los Abadal, Calderó, Rocafiguera, Nadal, Fontanellas; los grandes propietarios de la comarca, como el *Caballé* de Vidrà, Esquerriá, Seniás, Madirolas... fabricantes como Mercadal y otros sin número.

IX.—*Los pobres.—Caza del talento y de la docilidad.—Colegio-modelo.*

La recluta de pobres es más curiosa. El Seminario tiene un colegio-sucursal, a donde afluyen de todo el obispado. La selección la hacen el cura y el maestro: éste descubre las inteligencias más vivas y las voluntades más dóciles. La bondad y el talento son la mala estrella del niño que ha catado el placer del estudio y tiende a él por instinto.

El padre recibe con orgullo la noticia del mérito de su hijo. Escarmentado de su ignorancia, anhela la instrucción para éste; ambos anhelos de estudio, de progreso y de redención mental, quedan encauzados por la pobreza hacia el colegio de pobres. Allí el niño cae en el seno de la Iglesia. En mi tiempo el trabajo era excesivo: doce ó catorce horas de ejercicios religiosos y literarios. La casa húmeda, negruzca, polvorienta, sin luz, sin agua, sin higiene. Abundaban los piojos, las plagas de pulgas, los escarabajos y arañas... ¿Qué diré? Un sábado, al cambiarme la camisa, teniendo ya la cabeza metida en ella, vi una mancha negra... primero creí si sería tinta... después me pareció una araña... fué un escorpión. Esto es algo horrible... y, sin embargo, ahí están Benet, Gumá, Constansó, el agustino Serra y cuantos con gran algazara nos divertimos la mañana siguiente haciéndole pasar a la bestia un suplicio de inquisidores. ¿Los retrétes? ¡Señores, anótenlo bien: en las paredes se formaban cascadas de ácidos de hedor insuperable; jamás ocurrió verter agua en los urinarios!... ¿El suelo?... Parecerá inverosímil, y, sin embargo, es cierto. El polvo y los líquidos y suciedades formaban masa, que una vez ó dos al año se arrancaba a golpes de azadilla. ¡Oh, qué matadero clandestino de niños de nueve a catorce años!

X.—*Educación envilecedora.*

La comida: ausencia total de leches, huevos y pescados; legumbres y pastas, Dios sabe de qué calidad, sazonadas con una sombra de aceite ó de tocino, y guisado por dos mujeres de luengos bigotes, a quienes llamábamos las *lonas* por no conocer que existieran panteras. El premio nulo, el castigo bárbaro. Hubo niño que pasó uno, dos y más días sin comer; el correazo, el puñetazo, el puntapié y el estacazo (sic) eran incasantes; y además, el ultraje continuo, el escarnio de la pobreza, la jactancia de la *educación gratuita* y el lancetazo de la sopa boba. ¡Oh, quién de los alumnos no soñará todavía con aquella esfinge ó energúmeno llamado P. Costa!... Ese conocía el boxeo, el arte de acoecer y de retorcer orejas...

Y la Iglesia cree haber pagado por su precio al niño esta facultad de ultrajarle, de acoecerle, de extenuarle con ayunos, de envilecerle con insultos, de zarandearle día y noche con meditaciones atroces, con rezos estúpidos, con estudios corruptores del cerebro y falseadores del sentimiento, de sumirle en salas infectas, de educarle en la suciedad, grosería, crueldad ó hipocresía, por fin, de enfermarle y matarle y devorar su juventud... todo eso pretende haber pagado con un miserable rancho inferior al

del soldado, al del presidiario y al del hospicioano...

XI.—*Corrompido!*

Allí se encuentra el niño atado por su afán de estudio, por su docilidad, por la voluntad de la familia, por la sugestión imitativa... sin poder salir sopena de romper locamente todas esas cadenas... Y allí pasa un año, dos, tres... se atrofia los músculos y los nervios para el trabajo, se exalta el cerebro, se le despierta el furor religioso por el terror y el halago... y emigrado va y extraña a los de su pueblo y de su clase, de quienes se halla alejado por su comienzo de cultura y acobardado ante el trabajo, estudio... pasa el tiempo... el Estado no concede valor académico a sus estudios y le cierra el paso a las carreras, y se produce el trilema aquel con que luego los sátrapas eclesiásticos autores del mal hacen sarcasmo de sus víctimas: *federe non valoo... no sirvo para oficio*, por haber inutilizado mi organismo la educación física; no puedo aspirar a carreras por ser pobre; no quiero ser mendigo ni ladrón: réstame sólo ser *clérigo*... y se ingerta en la carrera, esperando una guerra civil que le permita huir, ó una revolución que ponga en desbandada aquella asamblea, ó un azar que le redima... Es seminarista: el talento y la bondad le hicieron estudiante; el pauperismo le ha hecho eclesiástico... y se adapta. ¡Inútil pensar en el mundo, en el amor, en la redención. Es irredimible: en su horizonte no hay más que estudios, rezos, estacazos, arañas y ayunos. ¡Es el seno maternal de la Iglesia; es la beneficencia episcopal!

XII.—*Mercado de niños para los frailes.*

El colegio aquel toma entonces el carácter de un mercado de niños para los frailes, un *foyer* de café-cantante, una *Olympia* de la prostitución clerical. Las órdenes religiosas, faltas de personal, envían allí sus *trastantes*. No sé si pagarán a tanto por cabeza; no sería difícil.

Ante el mercader, al modo que un ganadero pone en fila sus bestias para que el gitano elija a satisfacción, el superior del colegio congrega a los alumnos y los muestra al *fraile*. Este se presenta deslumbrador, con traje nuevo; desfilan por allí varios obispos con el brillo de sus pectorales. Hablan, como el rufián hablaría a las mujeres del Olympia: su Orden es santísima,—a su decir,—es grande en la historia y en el mundo; grande en santos, en sabios, en poder, en riqueza... Tiene palacios con jardines, con pájaros, con sol y con luz; tiene gabinetes científicos, museos y bibliotecas; tiene hábitos nuevos, mesa abundante, manjares sanos, vino selecto; tiene grandes empresas; mucha caridad y fraternidad... El que quiera...

XIII.—*No van al Convento.—Huyen del Colegio.*

¿Quién no querrá salir de aquel muladar inmundado para volar, para ver el sol, para no ser apaleado y ultrajado, para correr y estudiar y vivir?... ¡No están allí los padres, ni los hermanos, ni persona que pueda arrancar de las garras del gavián la presa; todos los años el gitano se lleva diez, treinta, cien cabezas!... ¡El eclesiástico ha pasado a ser fraile expoleado por el asco y el terror del colegio. El que por acordarse de la madre se resiste a alejarse más de ella, ó el que no presenta robustez bastante, allí queda amarrado... al Seminario.

Y una vez amarrado con estas amarras, allí salen el Obispo, el Rector, el Catedrático y el Confesor a acribillarle la dignidad, a pensar su orgullo, a acabarle de envilecer, poniendo en duda su vocación, espionando sus menores actos para hacerle objeto de escarmiento; allí los castigos arbitrarios, las ofensas sin motivo, los vejámenes jesuíticos, hasta exterminar el hombre y triturar la conciencia.

XIV.—*El suicidio civil como redención.*

Y por esta senda de abyección, va pasando el niño de talento y docilidad y se siente castrado de toda energía. A los veinticinco años es ordenado. La ordenación es su redención; es el sueño de su niñez y juventud; es la huida de aquella ciudad tenebrosa y horrible, pesadilla de sus sueños y espantajo de sus recuerdos.

Y si al emprender el vuelo puede salirse del obispado, sale para huir más lejos; y vuela a Barcelona, donde hay amor y libertad. Y huye a América, al África, al Asia... Al infierno iría, porque el infierno es paraíso comparado con aquel lugar siniestro...

Conclusión.

¡Desmíentame, Sr. Torras! Sea osado a decir siquiera que recargo las tintas, y añadiré las pinceladas más negras que suprimo para que el mundo no crea que ese lugar no existe sobre la tierra. Y si cuanto digo es cierto, pues hablo *ex visis, auditis et tactis*, dígame usted, como psicólogo, como sociólogo y como filósofo, si eso es cultura ó barbarie, si es pedagogía ó prostitución, si Vich es un pueblo de España ó un apéndice de Cafrería...

Esta es la recluta de varones y de hembras descrita a grandes rasgos. Conclusión sofística: eso no es religiosidad ni cristianismo, sino baldón é ignominia de Cristo y de la religión. Es hacer de la religión una cadena perpetua, de Cristo un reclamo de seducción y un arma de ignominia.

Caer en tal cepo es la mayor de las desgracias posibles en la humanidad. Esta es su beneficencia y este mi sofisma. Soy testigo y víctima de esa glándula genital del clero. Y apunto sofismas, Sr. Torras.

S. PEY ORDEIX

Unas cuantas verdades

El progreso material, de que tanto nos hemos ufano constantemente los bilbaínos, no va unido al espiritual; y así veis una población rica, próspera, con hermosos edificios, entre los que incluiremos las casas de beneficencia, las escuelas, y sobre todo, los innumerables de casas religiosas de todas las órdenes habidas y por haber, que os inclinan, que os inducen a formular un juicio altamente halagüeño para esa población. Mas si ahondáis un poco, si no sois superficiales, veréis el alma de ese pueblo cuán distinta es de la que os habéis forjado en la mente. Así veréis que el arte ha de ajustarse a los estrechísimos moldes que una moral estúpida impone; veréis que la intolerancia tiene cómodo asilo; veréis que la persecución a los elementos avanzados es ardorosa y continuada aquí donde los beocios profieren gritos de ¡muera España! y gozan de impunidad, y semanalmente publican dos libelos asquerosos en los que se denigra al resto de España, y en los que se insertan ciertas barbaridades, que si hubiera hombres celosos de su autoridad no fueran consentidas; veréis que desde un púlpito (en la Residencia de los Padres Jesuitas) durante una novena para las criadas, se recomendaba eficazmente por el P. Dávila que no compraran en cierta panadería; veréis que a los comerciantes é industriales que se anunciaban en *El Liberal* se les declara la guerra sin cuartel; veréis como á cambio de un pan, que en nombre de Dios dan esas señoras (con minúscula), que aquí tienen no sé cuántas asociaciones, siembran la cizaña entre las familias pobres; y en fin, veréis, como dijo el gran Unamuno en la revista *España*, de Buenos Aires, que «ha ido estrechándose y agriándose el carácter de sus hijos de tal modo, que á un espíritu expansivo y libre llega á hacerse difícil vivir en aquel ambiente de agresividades sectarias.»

Abrigo la profunda convicción de que pueblo que no sabe desasirse de las garras de esa reacción imperante, agresiva y cruel, que todos los medios que encuentra, por reprobables que ellos sean, los utiliza para llegar al fin que se propone, es un pueblo muerto. Podrán decir ellos que progresa Bilbao, pero ya se encargará el tiempo de desmentirles rotundamente.

Con el humo de las fábricas que en penachos se eleva al cielo, deben elevarse de consuno el canto de los poetas, é himnos de amor, de paz, de alegría de los hombres. Es dolorosísimo ver salir de las chimeneas el humo de tantas fábricas situadas en las orillas del Nervión, acompañado de gritos de desesperación, de hambre, de lucha, de persecución, de tristeza, de esclavitud, que profieren los desheredados de la tierra.

Si no queremos sucumbir en ese ambiente que apunta Unamuno, es necesario, es imprescindible (nunca me cansaré de repetirlo) que seamos más agresivos, más crueles, más intolerantes que ellos mismos.

Hora es ya de que D. Quijote, al través de tantos capítulos en que puso de relieve su grandeza de alma, descienda para luchar con armas ruines, las mismas que ellos esgrimen, contra los bellacos, follones y malandrines, de estos tiempos. De lo contrario, dispongámonos á que ese cordón que simulan todos los incontables conventos que rodean á Bilbao, nos oprima y nos ahogue, porque es el castigo justo y apropiado á los que no supieron defenderse como hombres.

Bilbao.

FELIDOR

Santa humildad

Cuando se presencian hechos como el que yo vi hace tiempo, se comprenden todas las rebeldías y todos los actos de violencia.

Pasaba una procesión. Los clérigos castigaban con sus berreos inarmónicos los oídos; la circulación quedó interrumpida todo el tiempo que tardó en pasar aquella legión de fanatizados llevando cirios y medallas. Como bestias de carga resollaban los portadores de peanas con santos grotescos. Se mascaba el sabor á cera y algodón quemado.

Y mientras aquellos señores cruzaban las calles incomodando á todos, haciendo ostentación, en mascarada risible, de un culto que á muchos no agrada, de una religión que pocos á conciencia profesan, un pobre arriero tuvo que detener en una boca-calle

sus bestias cargadas en espera de vía libre.

La gorrilla dejola quieta sobre su cabeza. Un ministro del Dios de la humildad le ordenó descubrirse, y como no lo hiciera inmediatamente, se la arrancó con violencia, arrojándola al suelo.

Le ví temblar, no de miedo, sino de indignación, y barbotó una injuria; no tuvo tiempo de más; un guardia, un garantizador del orden le agarró por la solapa y se lo llevó brutalmente á la prevención, dejando marchar tranquilo y victorioso al clérigo irascible é insultador, que empezó á salmodiar un cántico en honor de Aquel todo bondad, humildad y paciencia.

Después supe que el arriero fué procesado por desacato á la religión, y que el fiscal le pidió un mes y once días de arresto y una multa de 50 pesetas.

Si no se autorizasen esas exhibiciones fuera de los templos, no ocurrirían casos como el que refiero. Cuando los republicanos salimos en manifestación, previamente autorizada, ¿obligamos á los que no comulgan en nuestras ideas á descubrirse? ¿Pues por qué obligarnos á saludar con reverencias lo que nada significa para nosotros?

Esta libertad de los clericales, esta tolerancia de la Iglesia, durará sólo hasta el día que nosotros los imitemos y tapemos las bocas insultantes con el manotazo contundente. Porque con esta chusma sólo se puede discutir de ese modo: á porrazos.

LUCIANO PASTOR

Calatayud.

Las compañías de la Compañía dicha de Jesús

Los mejores amigos de la Compañía: dos cottes y un sosteneur.

Los Jesuitas ganaron el apoyo de Catalina II de Rusia, «esposa infiel y conspiradora, manceba y cómplice de los asesinos de su marido, usurpadora del trono, madrastra de su hijo, asesina á sangre fría, invasora de Crimea, expoliadora de Polonia, prostituta que compraba en lugar de vender, que presenta á las miradas de su pueblo doce favoritos, impía en Francia, hipócrita en Moscú, bárbara, farsante (*Lamartine*)... A ella «deben únicamente los jesuitas el no haber sido extinguidos totalmente de la faz de la tierra» (*P. Nonell*). Para ganar esta protección sirviéronse de Potemkin «su más constante protector» (*Cretineau-Joly*), «apoyo y consuelo de los nuestros» (*Nonell. Pignatelli*, tom. II, págs. 132 y siguientes. Potemkin era un soldadote de caballería amigo de un soldadote amigo de los jesuitas, que por ser jesuita no podía ser buen soldado. Este ganó á Potemkin, y éste, al ser mancebo de Catalina, ganó el favor de ésta para la Compañía, y él fué quien recabó del Papa la nueva autorización para la Sociedad.

En Francia, su más poderosa aliada fué la querida Madame Maintenon, cuya historia es harto conocida.

VULGARIZACIONES ECLESIASTICAS

El tormento en los conventos.

II

LA IGLESIA INDEPENDIENTE Y SUPERIOR AL ESTADO.—LOS REYES ESTÁN SUJETOS AL PAPA.—EL OBISPO ES JUEZ SUPERIOR AL CIVIL.—LA IGLESIA ES DUEÑA Y ÁRBITRA DE LA VIDA CORPORAL.—LA FUERZA ARMADA Á LAS ÓRDENES DEL OBISPO.—EL PAPA TIENE ESPADA.

Así como la Iglesia es un mundo aparte en el seno de la sociedad humana, así también el monaquismo es un mundo aparte dentro de la misma Iglesia. Los mismos esfuerzos que puso la Iglesia para crearse entre los pueblos un estado de exención, supremacía y privilegio, realizó también el conglomerado monacal para gozar dentro de la Iglesia *privilegiada* nuevos, especiales y más irritantes favores. Y aún hubo más: cada orden religiosa se esforzó por atesorar más gracias y prerrogativas que las demás; estableciéronse entre ellas un escandaloso pugilato en torno de la tiara para agotar el tesoro de las concesiones y humillar á la orden rival; de aquí nacieron los odios, los celos enconados, las luchas públicas y las escándalos, que se escuchaban tras las tesis teológicas y las divergencias doctrinales, tempestad que arreció cuando apareció la Compañía de Jesús, que se alzó con todas las gracias y privilegios de todas las órdenes religiosas juntas que la habían precedido y otras nuevas y extraordinarias que el Papa excogió para halagarla y complacerla. Las protestas fueron unánimes, y para acallarlas, fué preciso crear lo que en el argot monástico se llama *comunicación de privilegios*.

Hijo el monaquismo de la Iglesia, no por filiación legítima, sino por adopción calculada, es lógico y natural que aquél tenga todas las pretensiones y todas las cualidades que ésta, aunque esto sólo se realice dentro de la limitada órbita del mundo conventual.

La Iglesia argumenta así:

Yo soy una sociedad perfecta; por tanto, estoy adornada por mi fundador con todos los poderes, siendo el principal de ellos el *coercitivo*, sin el cual no puede subsistir ninguna sociedad. Cristo dijo: *Toda potestad me ha sido concedida en el cielo y en la tierra*, y este poder amplísimo me lo transmitió en la persona de sus apóstoles cuando les dijo: «Y así como el Padre me envió os envío yo á vosotros.» Por mi origen, dignidad y excelencia soy anterior al Estado y superior á él; tengo todos los poderes de éste y otros especialísimos que nadie puede arrebatarne ni yo enajenar. Por tanto, si el Estado puede legítimamente establecer y aplicar penas corporales, como la prisión, el tormento, el derramamiento de sangre y la muerte, yo, que soy más que él é independiente de él, puedo hacer lo mismo.

Y, efectivamente, así ha sido, y ahí están en prueba de ello sus leyes coercitivas, espirituales y corporales, como son la cárcel temporal y perpetua, los azotes, la tortura, el hacha y la hoguera.

No reconociendo la Iglesia otro origen ni fundador que Dios, se considera libre y exenta de toda tutela é intervención del Estado, gozando de absoluta libertad para aplicar las penas que diete y sin someter á ningún juicio secular si son justas é injustas, duras ó benígnas.

Esta es la doctrina pura y castiza del catolicismo, y reto á todos los frailes y curas á que me demuestren su falsedad.

La Historia nos ha demostrado que la Iglesia usó de esta potestad formidable pública y solemnemente mientras pudo hacerlo y los príncipes y soberanos se lo consintieron.

Pasaron los tiempos, cambiaron las épocas, y las potestades seculares restringieron á la Iglesia esta prerrogativa; pero ella no se ha desprendido ni despojado de estas facultades. Lo que sucede es que practica en la sombra y en el secreto lo que el Estado no le permite ejercer públicamente.

Todas estas teorías constan en las Decretales, en el Derecho canónico, en las actas conciliares y en todas las reglas monásticas. De aquí surgió la Inquisición, los tribunales romanos, las curias episcopales, las cárceles de corona, el Código penal que rige en los conventos, todo lo cual sirve para que la Iglesia castigue y elimine al miembro que le convenga sin dar cuentas á nadie y eludir la persecución y castigo de la potestad civil.

Como en esta materia, de tanta gravedad é importancia, no es posible proceder á tonterías y á locas, sino con el pie muy bien sentado, es preciso que se pruebe lo que se afirma; y como las reglas monásticas y su contenido penal, que hemos de examinar, son una hijuela ó consecuencia de la legislación eclesiástica universal, es preciso aducir los textos donde constan las doctrinas y enseñanzas de la Iglesia bosquejadas en las líneas anteriores.

Las citas las traduciré fielmente del latín, y los eruditos y teólogos pueden compulsarlas, si quieren, con la lengua original en que fueron escritas, que yo les garantizo que no hallarán ningún error, adulteración, ni falsedad.

Decreto de Graciano, Distinción X, capítulo I, parte 1.ª:

«Las constituciones, leyes ú ordenanzas de los príncipes no tienen preeminencia alguna sobre las constituciones eclesiásticas, sino que son á éstas inferiores. La ley de los emperadores no puede anular los derechos de la Iglesia.»

Fíjense bien los lectores en la gravedad que encierran estas teorías de la Iglesia, que no son letra muerta, sino su legislación vigente, que pone siempre en práctica donde puede y como puede.

Capítulo VII, Distinción X, epígrafe: «Es lícito valerse de las leyes de los emperadores en auxilio de la Iglesia.»

Lo cual significa que la Iglesia puede emplear el sistema penal de los reyes, ó sea la cárcel, el tormento y la muerte.

Capítulo VIII, Distinción X: «Los reyes necesitan de los pontífices para las cosas de la vida eterna y los pontífices de los reyes para los negocios temporales.»

Que quiere decir que el brazo secular debe obedecer al eclesiástico, prestarle su ayuda y sacrificar las víctimas que él le señale.

Capítulo XX, epígrafe, Distinción X: «Lo que el sacerdote enseñando no puede conseguir, obténgalo por el terror del castigo la potestad secular.»

Capítulo XXI:

«A los que no pueda corregir la admonición sacerdotal, redúzcalos por la pena la potestad secular.»

Capítulo XLIII:

«Que las potestades seculares reduzcan por la fuerza á los cismáticos y á los herejes.»

Esto se ha verificado en todos los países católicos siempre, y ha perdurado en España hasta nuestros días, en que ha habido obispos que han utilizado á la guardia civil para hacer conducir por tránsito á clérigos de una diócesis á otra, ó meterlos en la cárcel por orden suya, sin más proceso ni sen-

tencia que su capricho, como hizo hace bien poco el arzobispo de Valladolid con un beneficiado de la catedral, nuestro Morgades mandando á los mozos de Escuadra tras de Verdager fugitivo, y el obispo que organizó la matanza de fieles en el monasterio de Osera y que sigue en su puesto tan fresco, lo cual indica cuán obsequioso es en España el brazo secular con los obispos; y puedo citar muchos casos todavía, y muy graves, que corroboren esta afirmación.

Extravagantes Communes, Bula *Unam Sanctam Ecclesiam*, de Bonifacio VIII contra Felipe el Hermoso, causa de infinitas guerras y de ríos de sangre, es la quinta esencia de la doctrina penal de la Santa Sede.

Sólo el epígrafe vale un mundo: «Todos los bautizados son necesariamente, si han de salvarse, súbditos del Romano Pontífice, el cual dispone de una y otra espada (la espiritual y la material), á todos juzga y por ninguno es juzgado.»

No puede llevarse á más alto grado la soberbia y la altanería papal. El pontífice se declara á sí mismo dispensador del cielo y de la salvación, rey supremo de todos los bautizados, que sólo entrarán en la gloria acatando sus órdenes; señor de vidas y haciendas manejando *las dos espadas*, la de los anatemas espirituales y la de las penas corporales; de su juicio y sentencia no hay apelación; ante su tribunal se rinde el mundo entero y no reconoce sobre la tierra potestad alguna, por alta que sea, que le pueda juzgar á él.

Establecidas estas doctrinas, examinemos su fruto lógico en las *Decretales*, donde se establecen los calabozos, mazmorras, prisiones, torturas y tormentos, fuentes corrompidas y crueles donde bebieron los confeccionadores del sistema penal monástico.

FRAY GERUNDIO

La bolsa de Judas

Los testafierros de la Compañía para desbalar piadosamente á una vieja duquesa.

En Abril de 1892 la duquesa de Pastrana hizo testamento arreglado por un Padre jesuita. Su fortuna se calculaba como mínimo en 24 millones de pesetas; unos tres millones se distribuyen en legados entre la servidumbre y parientes. El resto, después de lo que diremos, se legaba en herencia á unos fulanes llamados Juan Ron Alvarez, Sebastián Zabaleta, José Ignacio Elustondo Echaniz y Domingo Ermeta Baraihar.

Estos cuatro sujetos desconocidos de la familia de la duquesa, son *hermanos coadjutores* de la Compañía de Jesús, lo cual se calla en el testamento.

Deben ser cuatro mozos analfabetos de los que saben escribir y no saben leer. Consejo á las mocitas hermosas: á ver quién de ellas conquista á alguno de esos Minguito, Sebastián, Pepe y Juanito, *herederos* de la Duquesa de Pastrana.

Cómo el Papa y los obispos cobran el barato de lo que atrapan los jesuitas.

En dicho testamento dirigido por un padre jesuita, se dan sobre las rentas de

	Pesetas.
Al Papa León XIII.....	1.756.049
Berriennos: al obispo de Madrid.....	350.000
al obispo de Salamanca.....	120.000
al de Zamora.....	80.000
al de Vich.....	80.000

Con lo cual todos quedaron contentos, callados y alabando á Dios.

Uno que entra pobre y sale rico.—Un chasco dado á los jesuitas.

El célebre jesuita P. Mon, al igual que los legos coadjutores antes indicados, fué designado para figurar como falso heredero de una marquesa de Sevilla que dejó dos gruesas propiedades á la Compañía. Algún tiempo después fué expulsado de la Compañía por cierto sermón predicado en Madrid. La Compañía se dolía de que el P. Mon se negase á hacer cesión de la herencia. Los parientes del P. Mon esperaban como pan bendito llovido del cielo. Al caer enfermo de muerte el P. Mon, cayó en su casa el provincial P. Granero, quien hizo una compondenda para atrapar las fincas que se le escapaban. Hicieron pregonar los jesuitas que el P. Mon había muerto en el seno de la Compañía; así debió ser para cogerle la herencia; no debió ser así, pues no cumplieron con él las obligaciones regulares con los hermanos difuntos.

Uno que entra rico y sale pobre.—Un chasco que dan los jesuitas á los suyos.

El P. Rojas entró de muchacho en la Compañía de Jesús, aportando 150.000 pesetas de capital. Salió luego de ella sin un ochavo, y pasó mucho tiempo mendigando limosna del público de Madrid, en tanto que la Compañía disfrutaba de los capitales detentados.

Alguien aconsejó al P. Rojas reclamar judicialmente lo suyo; la Compañía tuvo miedo al espectáculo, y buscó compostura; el P. Rojas se dejó coger en el lazo, y quedó sin poder reclamar lo suyo y sin comer de lo ajeno.

Por mi honor y por mi derecho

Desde que llegó a Valencia el Sr. Guisasa vengo siendo víctima de la más cruel y sañuda persecución, por parte del «Apostolado seglar de la propaganda católica» y de su órgano en la prensa *La Voz de Valencia*, que se inspira en el «Manual del Propagandista» y se publica con la censura y aprobación del arzobispo.

Y para que nadie dude de cómo justificará el diario católico su moralidad y la censura eclesiástica su aprobación a cuanto contra mí se hizo y se hace, desde meterme en la cárcel hasta insultarme ó injuriarme cada día, copiaré algún párrafo de los cánones de esta nueva secta de desdichados que nos infesta, perturbando hondamente la tranquilidad social.

«Caridad es virtud sobrenatural que nos inclina á amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos por amor á Dios.»

«De consiguiente, si para lograr el fin último de la verdadera caridad, que consiste en el servicio verdadero de Dios y en el provecho verdadero de mis hermanos conviene que me muestre duro con ellos, esta dureza es caridad: si conviene para aterrarlos la acerada invectiva de que tantos ejemplos nos han dejado los Santos Padres, esta acerada invectiva es caridad; si conviene la sátira mordaz que despoja como un azote, sátira á latigazos que tantas veces emplearon estos mismos Santos Padres, esta sátira que cruje y despoja como un látigo, es caridad. Si conviene revelar flaquezas, es caridad revelarlas; si conviene sacar á la vergüenza ocultas fechorías, es caridad hacer enmudecer al hereje con ellas; si conviene herir y derribar altivas reputaciones, es caridad revolverlas en el polvo; si conviene lastimar honras é intereses, es caridad no respetar intereses ni honras.»

Así, á la letra, lo dice el libro titulado «Apostolado Seglar ó Manual del propagandista católico» en su página 10. Peregrina teoría que no por ser invento de todo un señor presbítero y llevar la censura y aprobación del ordinario, deja de tener vistas al Código penal.

En ella encontraron sin duda disculpa y aplauso los falsos testigos redactores de *La Voz de Valencia*, á cuya infame delación cargo en cuenta los meses que sufrí de prisión preventiva y los vejámenes de que fui objeto hasta que el rectísimo Tribunal superior decretó mi libertad, revocando los autos de mi prisión y procesamiento.

Hice entonces uso conveniente de mi derecho de defensa, y ni siquiera me querellé ni exigí reparación alguna á mis calumniadores, considerándolos bien castigados con los remordimientos de sus conciencias.

Pero como veo que ni el fracaso, ni el ridículo, ni el desprecio de los hombres de bien arredran á *La Voz de Valencia*, que no abandona el peligroso camino de la difamación, de la invectiva, de la injuria y la calumnia, no ya contra mi sagrada persona, que debiera gozar, para los que se titulan católicos y para las autoridades mismas de la Iglesia, de ciertas inmunidades y derechos que no he de perder ni con la muerte, sino que endereza sus envenenadas saetas contra el «Director del Colegio de San Felipe Neri» y contra el instituto docente que he tenido la suerte de elevar á establecimiento de primer orden, con la nobilísima cooperación de muy honradas personas de todos los partidos políticos y de todas las creencias religiosas de la Valencia culta, que me distinguí y sigue distinguiéndome con su confianza, poniendo sus hijos bajo mi dirección para que los instruya y eduque, á pesar de las diatribas de *La Voz* y de la vil propaganda de descrédito emprendida por sus corifeos.

Y como atacar mi colegio, aparte de conspuración y confabulación contra mis legítimos y bien conquistados intereses materiales, que desprecio, y que en cualquier país civilizado serían objeto de la consiguiente indemnización por daños y perjuicios, es atacar á mis queridos alumnos, cumulo un rudimentario deber al salir á la defensa de los educandos, haciendo público: que en el «Colegio de San Felipe Neri» no se les enseña á burlarse del Catecismo ni de la Historia Sagrada, como villanamente asegura *La Voz*; siendo, por el contrario, la educación que reciben los niños escrupulosamente tomada de las fuentes más puras de la moralidad, según lo exige el plan oficial de estudios á que se ciñe la enseñanza, como contra las invectivas de *La Voz de Valencia* acreditarán la inspección oficial del distrito y la Junta de Instrucción pública, de la que es vocal eclesiástico el párroco de San Valero, D. Antonio Femenia, que visitaron la escuela, y sobre todo, como pueden acreditarlo los padres de familia, muchos de ellos verdaderos católicos, aunque ninguno use el «Manual del propagandista ó Apostolado Seglar» por el que se rige y gobierna *La Voz de Valencia*.

Debiera *La Voz de Valencia* tratar con el debido respeto una institución docente que funciona con todos los requisitos legales y vive al amparo de las autoridades académicas, y hablar con más cortesía y veneración de su director, que reúne en su persona los dos sacerdocios consagrados por la estimación social: el del altar y el de la enseñanza, pese á quien pese.

No es cierto que al Colegio que tengo el orgullo de dirigir, asistan sólo cuarenta alumnos, aunque muchos menos bastaron, con su talento y aplicación para acreditarlo, obteniendo, en dos convocatorias consecutivas, seis matrículas de honor, al ingreso en el Instituto General y Técnico. Ni es cierto que paguen todos cinco pesetas; hay quien abona ciento al mes, quien nada paga y hasta quien recibe gratía, además de la instrucción, el material fungible, las matrículas y los libros.

Voy á terminar pidiendo amparo á las autoridades académicas, como director de una escuela privada que funciona bajo su inspección y órdenes, ya que sería inútil reclamarla, como sacerdote, de la eclesiástica, y harto costoso y molesto, para mi pobreza y ocupaciones, demandarla de la judicial, para que, si es posible, se ponga coto y correctivo á la campaña de difamación que hace *La Voz de Valencia* contra un centro de enseñanza, denigrando á sus alumnos con bajas calumnias y restando los prestigios tan noblemente conquistados de su director y que le son tan necesarios para cumplir con éxito los fines de su vocación.

Cierro esta breve réplica, solicitando de mi entrañable amigo, D. Felix Azzati, hospitalidad en *El Pueblo* para ella, en la seguridad de obtenerla, porque mi honor y mi derecho son para él como su honor y su derecho para mí: cosa propia.

JOSÉ PÉREZ MARTINÓN, *Phro.*
Maestro de Escuela.

Valencia.

El atraso de España

POR

John Chamberlain

Desde que leí este libro, dudé que el autor fuese extranjero. Tal conocimiento de nuestra historia contemporánea, tantos datos y tantas observaciones atinadas y profundas, no podían ser obra sino de un español cultísimo, de espíritu recto, muy literato, muy imparcial, y gran conocedor de la historia contemporánea.

Y dime á pensar quién sería, y confieso mi torpeza: no dí en ello. Y, sin embargo, debí caer al instante: el traductor era Tomás Jiménez Valdivieso, que ha publicado trabajos notabilísimos con el mismo seudónimo que firma la traducción, CAZALLA, y que reúne todas esas condiciones que yo atribuía al autor, y en las que acaso ningún escritor en España le supere.

A poco me enteré de que él era, y me obstuve de descubrir su nombre; cuando apelaba al seudónimo, él sabría por qué. Mas hoy que ya se ha hecho público, tengo una satisfacción grande al difundirlo y decirle á mis lectores: «debéis leer ese libro, que sólo cuesta una peseta; es el que mejor retrata la situación actual de España.»

Y felicitarle de que el nombre de Jiménez Valdivieso llegue por fin á todos, rodeado del prestigio que merece y que hace muchos años tiene para mí.

Para que pueda juzgarse de la sencillez, la naturalidad y la imparcialidad con que está escrito el libro, á continuación inserto uno de sus capítulos.—J. N.

La religión.

He aquí otro factor que mantiene á España fuera del concierto europeo. El fanatismo, que dominó siempre en las clases elevadas, persiste con la misma intensidad que en los antiguos tiempos, y si ahora no se realizan autos de fe, es porque el pueblo, que nunca fué muy religioso, se ha apartado por completo del catolicismo.

Todo eso de la religiosidad del pueblo español es una pura leyenda. El pueblo español no ha sido nunca religioso, como lo demuestra la literatura de los pasados siglos, las esculturas de las catedrales, y, sobre todo, los refranes que corren de boca en boca mofándose de clérigos y frailes, y á veces de cosas más elevadas. La religión en España fué durante muchos siglos cuestión de conveniencia, mientras hubo moros que combatir ó que expulsar; después ha sido en los más un hábito muy arraigado, mantenido por el temor, y en los menos un fanatismo ó una exaltación mística que con el apoyo de la fuerza se imponía al resto de los ciudadanos. Si España hubiese sido toda ella fanática, no hubiera mirado con indiferencia la expulsión de los jesuitas en el siglo XVIII, y no hubiera sido posible en el siglo XIX la matanza de los frailes, la expulsión de éstos, la desamortización y el establecimiento de la libertad de cultos durante el período revolucionario. El pueblo español en su mayoría no es fanático; apenas es católico. Lo que ha sucedido siempre, como ya indicé en anteriores capítulos, es que el fanatismo ha dominado en la corte,

excepción hecha del reinado de Carlos III; han sido fanáticas las clases elevadas de la sociedad, y éstas, que son las que disponen de la fuerza, han impuesto sus ideas y sus sentimientos.

Los actos de feroz intolerancia ejecutados por la Inquisición, las tentativas para restablecerla durante los últimos años de la monarquía absoluta, las guerras civiles promovidas en nombre de las ideas religiosas, han sido obra exclusiva del clero, prevaleciendo del poder que tenía en los palacios y en las esferas del gobierno. No faltaron turbas de fanáticos que asistieron con gozo á los autos de fe, que se lanzaron al campo por defender á su Dios y que estuvieron dispuestas en nombre de ese Dios á realizar todo género de excesos; pero esas turbas eran una minoría. El pueblo, el verdadero pueblo, había visto con gusto la abolición de la Inquisición, ha odiado siempre á los frailes y ha mirado con respeto las creencias de los que no profesaban la fe católica; más los frailes y los aristócratas han sido siempre los dueños del gobierno, y unidos han impuesto la intolerancia halagando á esas turbas de fanáticos, que eran una parte insignificante de la nación.

La primera guerra civil, que fué la más importante, se elaboró en el palacio real y en los ministerios, de los que fueron dueños los absolutistas mientras vivió Fernando VII. A la cuestión religiosa, para darle vigor, se unieron la cuestión dinástica y la cuestión política y en las provincias vascas se convirtió en cuestión religiosa, pero á pesar del desconcierto y desunión de los liberales, no pudieron triunfar los fanáticos, ni hubieran inspirado serios temores á no contar con caudillos tan aguerridos como Zumalacárregui y Cabrera.

En la segunda guerra civil figuraban en las partidas carlistas muchos individuos que no eran católicos, y concluido de rezar el rosario, se escuchaban las más grandes blasfemias. Aquella guerra no llegó á tener importancia fuera de las provincias vascas, y allí llegó á adquirirla por las torpezas de los gobiernos y por la falta de buenos generales.

El hecho sólo de que estando el Gobierno liberal sin dinero y sin soldados, las tropas regulares indisciplinadas, la nación presa de la anarquía más completa, las clases todas de la sociedad cansadas de la perturbación del orden, no pudiese, sin embargo, D. Carlos, que tremolaba la bandera religiosa, acercarse á Madrid, demuestra que el pueblo no participa de ese fanatismo, de esa intolerancia que generalmente se atribuye á los españoles. Colocad al frente del gobierno de España hombres que no sean católicos, y veréis cómo la religión desaparece rápidamente de aquel suelo. Hoy, un gobierno que se mostrara francamente anticatólico obtendría mucha popularidad.

Las clases obreras, lo mismo en las ciudades que en los campos, se muestran hostiles á la Iglesia; lo que sucede es que en muchas ocasiones, esa hostilidad no se atreve á exteriorizarla por miedo, por temor, porque la clase obrera española, especialmente la de los campos, es sumamente dócil.

La clase media, en su inmensa mayoría, es incrédula también. Las únicas que conservan la fe son las mujeres, pero como esta clase procura imitar á las más elevadas, ya no resulta de buen tono ser incrédulo; por eso se disimula la falta de fe y se finge un fervor religioso que no se siente.

Aun entre los aristócratas abundan los incrédulos, pero se considera como un deber y como una necesidad para mantener el prestigio de la clase el prestar apoyo incondicional á la Iglesia, y de aquí el fervor de que hacen ostentación los ricos y los nobles.

Recorred los campos de España, penetrad en los talleres, y encontraréis á millares los obreros que no van á misa ni confiesan. Si les preguntáis si son católicos, os contestarán muchos de ellos afirmativamente, pero no os podrán explicar en qué consiste su catolicismo, ni podréis averiguar cuáles son las creencias á que prestan fe. Ser católicos para ellos es casarse canónicamente, bautizar á sus hijos y llamar al cura á la hora de la muerte; pero fuera de esos momentos no les habléis de religión, porque no os harán caso; y si queréis convencerlos de doctrinas contrarias á las del catolicismo, os costará poco esfuerzo conseguirlo.

En la clase media, por las razones arriba indicadas, se practica un poco más la religión, pero muy poco. Visidad las iglesias, lo mismo las de las grandes ciudades que las de las pequeñas aldeas, y excepción hecha de algunas comarcas donde predominan los partidarios de los viejos principios políticos, apenas encontraréis hombres en el templo; por cada hombre veréis una docena de mujeres. Parece así como que la religión sea únicamente cosa propia del sexo débil. Hasta en las clases aristocráticas, son las mujeres las que más concurren á los actos religiosos. Muchos hombres que son católicos de veras y practican la religión, se esconden para realizar los actos del culto, temiendo ser criticados por su fervor. No quiere decir esto que no haya en todas las clases y en todos los pueblos personas devotas que se pasan la mitad de la vida orando y haciendo penitencia, pero son las menos. El carácter predominante en cada clase es el que acabo de señalar.

Esta falta de fe religiosa, sin la valentía de confesarla, al contrario, procurando cubrirla con el manto de la hipocresía, produce una gran perturbación en el pueblo español é influye de una manera lastimosa en su sentido moral. Al que es francamente incrédulo ya sabemos que se le han de dar para fundamentar los preceptos morales argumentos de razón, pero al que se finge religioso se le fundamenta la moral en la religión, se le dice que debe ser bueno para no ir al infierno, y como aunque otra cosa diga, no cree en esa religión y en ese infierno, las ideas morales quedan sin base y su conciencia resulta completamente vacía.

Mientras no desaparezca esa ficción, España no puede regenerarse. Es preciso, para fortalecer el sentido moral y las energías de aquel pueblo, matar la hipocresía religiosa, que sea una verdad la libertad de conciencia, que no sufra daño ni persecución alguna el que no comulgue en la Iglesia oficial, que aprenda el ciudadano á decir en alta voz lo que cree y que se enseñe á los que no comulgan en los dogmas católicos una moral racionalista. Es posible que al establecerse en España la libertad religiosa, las iglesias no se vieran tan concurridas y no pudiera sostenerse el culto con la magnificencia que ahora se celebra, pero en cambio los que acudiesen á los templos serían verdaderos creyentes, irían á practicar los ritos y no á cubrir apariencias. En las iglesias españolas apenas se ven personas que oren con verdadero fervor. Son muchos los que á ellas concurren por mera distracción. Los jóvenes, sobre todo, van á determinadas misas y á determinadas funciones porque van las mujeres, y cuando salen no pueden dar razón de lo que han visto ni oído, porque no se ocuparon de otra cosa que de recrear los ojos en las hermosuras femeninas que dentro del templo había. Muchos no van á misa sino cuando va su novia, y bastantes mujeres también van á la iglesia por lucir sus galas ó por mero pasatiempo.

Esta falta de religiosidad que se observa en el pueblo español, es una consecuencia lógica del abandono en que tiene la Iglesia la educación religiosa. La Iglesia en España ha procurado recabar privilegios del Estado; combatiría rudamente al gobierno que suprimiera de las escuelas la enseñanza del catecismo y ha aprovechado su predicamento durante el período de la Regencia para resablecer en los Institutos de segunda enseñanza la asignatura de religión, suprimida por la Revolución de Septiembre; pero como la enseñanza del catecismo en las escuelas y de la asignatura de religión en los Institutos es pura fórmula, los españoles salen de unos y otros llamándose católicos y conociendo de nombre algunos de los misterios de la religión, pero no saben poseídos del verdadero espíritu religioso que se adquiere en los centros docentes cuando el clero predica con su ejemplaridad de costumbres y con pláticas llenas de unión evangélica.

Insisto, pues, que en España hay pocos católicos de verdad, pero hay mucho miedo á exteriorizar la incredulidad. El que cumple los deberes religiosos no es criticado ni sufre contrariedad alguna, aunque su vida sea algo libre. En las cofradías figuran damas que no se distinguen por su fama de honestas, y á veces reciben las iglesias valiosas dádivas de gente que no quiero nombrar. Para todos hay tolerancia; pero aquel que se atreve á publicar sus creencias contrarias á la religión oficial, aunque sus costumbres sean ejemplares, es mal mirado en muchos círculos y no es bien recibido en las casas de alguna distinción. Desde luego, si es empleado público ó si es militar, sufre persecuciones por parte de sus jefes, y si aspira á representar al pueblo le combaten con ruda oposición, no por sus ideas políticas, sino por sus ideas religiosas.

No se han percatado todavía en España de lo que es la libertad de conciencia, no ha transcendido ésta apenas á las costumbres, y las clases dominantes creen obligatorio el que todo español sea católico, ó por lo menos diga que lo es aunque no crea. A ese estado de irreligiosidad, cubierto con la hipocresía que engendra la intolerancia, ha contribuido, además de ésta, la conducta del clero, la ignorancia de éste y el favoritismo que reina en la Iglesia.

No ignoro que existen sacerdotes virtuosos que practican las máximas que predicán, pero son pocos. En los pueblos donde hay prensa ó predominan los elementos avanzados, vive el clérigo con más recato. En los demás, he visto cura que no negaba la paternidad de sus hijos. Se oyen á cada paso aventuras amorosas de sacerdotes, y esto les quita gran autoridad entre los fieles; porque si el celibato es difícil de sostener, sobre todo en los pueblos meridionales, que se suprima, por estar predicándolo á diario, haciendo gala de él en el púlpito, y luego proceder como un seglar de costumbres libres, resulta poco prestigioso para la clase.

Libros en venta

DE D. JOSE NAKENS

TRES PESETAS TOMO

Muestras de mi estilo.—Cuadros de miseria.—Degradaciones y cobardías.—Puñal de ironías.—Humorismo anticlerical.—Cartas y dicitarios.—Mi paso por la Cárcel.

SECCIÓN AMENA

LOS TRES CAPUCHINOS

Cuento de antaño.

Rendidos por el camino de todo el día bajo un sol abrasador, tres buenos frailes, Caralampio, Pancracio y Hilarión, con sendas alforjas á cuestas, tan repletas que su peso les hacía encorvarse considerablemente, llegaron al anochecer á la puerta de una casa señorial.

—Escuchad, hermanos—dijo Pancracio,—podríamos alojarnos en esta casa.

—Acaso no sea prudente—objetó Hilarión,—porque parece que el dueño es un hugonote de vida perversa.

—No importa—repuso Caralampio,—al fin es hombre y sin duda se apiadará de nosotros, pobres capuchinos extenuados por la fatiga.

Decidieron entrar, y Pancracio, más audaz, tomó la delantera, diciendo:

—Seguidme, hermanos, y confiad en que si corremos algún peligro no nos dejará de su mano el Señor.

Animados con estas palabras Hilarión y Caralampio, no vacilaron en seguir á su camarada.

En el patio del castillo se encontraron con un guerrero de aspecto feroz, el cual, después de medirlas de arriba abajo con una mirada, les dijo:

—¿Qué quieren esos tunantes?

Caralampio é Hilarión temblaron de miedo; Pancracio, con voz humilde, respondió:

—Somos tres pobres capuchinos que venimos á implorar del dueño de este castillo albergue para esta noche.

El guerrero les miró con estupor.

—¿Cómo os habéis atrevido á entrar con este propósito en casa del marqués de Villaret? No vais á tardar en veros colgados de muy alto.

Caralampio é Hilarión quedaron aterrados; el mismo Pancracio, perdiendo su confianza en el Señor, palideció.

—Somos demasiado pequeños para que el señor marqués nos arbete la vida—dijo.

—En fin, arregláos—concluyó el guerrero.—Peor para vosotros si os habéis metido en las propias fauces del lobo; después de todo sólo es cuestión de llegar antes al Paraíso.

Los capuchinos hicieron una mueca de disgusto. Su suprema aspiración era, en verdad, llegar al Paraíso; pero... lo más tarde posible.

El guerrero, con acento burlón, añadió:

—¿Pedís albergue para esta noche, santos varones? Seréis servidos á satisfacción. Por que suponiendo, y es mucho suponer, que el marqués os perdone la vida, os dará habitación en los sótanos del castillo, donde podréis pasar el resto de vuestros días en compañía de ratones, sapos, culebras y murciélagos.

Hilarión, que sentía un horror instintivo á los sapos, sintió flaquear sus piernas. Caralampio se volvió verde, atemorizado por la idea de que habían de ser perpetuos compañeros suyos ratones y murciélagos. Pancracio, confiando en la Divina Providencia, nada decía ni pensaba nada.

—Seguid!—dijo el guerrero.—Voy á conducirlos á presencia de mi señor.

Y en pos del guerrero atravesaron otros tres patios ocupados por numerosos soldados y un verdadero laberinto de tránsito y antecámaras.

Hilarión estaba pálido y abatido cual si se encaminara al patíbulo. Su acompañante levantó un cortinaje y con un gesto les indicó que entraran. Obedecieron, rebotando miedo y compunción. Tenían delante al marqués de Villaret, sentado á la mesa con alegre compañía.

—¿Qué quieren esos tres mendicantes?

Explicó Pancracio la razón del paso que habían dado y el señor se dignó sonreírles.

—Sabed que habéis tenido un gracioso atrevimiento presentándoos en mi casa, por que yo acostumbro comerme cada día un cura en el desayuno, un jesuita en la comida y un capuchino en la cena.

Hilarión, tomando al pie de la letra esta baladronada de espadachín, abrió desmesuradamente los ojos, presa de un pánico terrible. El marqués, volviéndose hacia sus comensales, añadió:—¿Cuidado que han sido bobos!—Y dicho esto rompió en una carcajada, llena y profunda, mientras su vientre de Epicureo satisfecho se agitaba rápida y fuertemente. Luego, dirigiéndose á los tres pobres diablitos, añadió:—Andad, calabacines, os invito á cenar; sentaos.

Los capuchinos creyeron que el marqués hablaba en chanza.

—¿Qué hacéis?

Los capuchinos siguieron inmóviles.

—¿Caso preferís que os mande encerrar en un calabozo?—agregó el marqués con aire de gran indignación.

Obedecieron, por fin, los tres frailes, pasando á ocupar otros tantos asientos que les adelantó un criado.

Inmediatamente les fué servido un plato de carne. Como era viernes, se limitaron á mirarla y á comer un mendrugo de pan duro que en la alforja llevaban. Advirtió el señor con gran enojo y reprendió á los frailes en estos términos:

—¡B! ¡Acos! ¡Grandes bellacos! ¿No os tientan los platos de mi cocina?

Pancracio protestó:

—¡Oh! sí, señor; y si no estuviéramos en viernes, día de ayuno, les haríamos cumplido honor.

—¿Qué ayuno ni qué zarandajas! O coméis carne, ó os mando empalar aunque sea sobre los cuernos del diablo.

Caralampio é Hilarión dirigieron una mirada á Pancracio como en demanda de consejo.

—Obligados por la fuerza de las circunstancias—observó sabiamente éste—debemos comer carne; luego haremos penitencia y Dios Nuestro Señor, justo y misericordioso á la vez, nos perdonará.

Acto seguido, hecha la señal de la cruz, en lo cual le imitaron sus compañeros.

—*Ostende nobis, domine, misericordiam tuam*—decía Pancracio.

—*Dominus vobiscum*—respondían los demás. Y los tres se atracaban escandalosamente. —*Sursum corda. — Habemus ad dominum.*

El escancillero les sirvió un vino generoso. Pancracio se puso más rojo que la grana y, harto hasta reventar, no podía ya ni con una miga de pan; sus camaradas, que jamás habían asistido á un festín igual, seguían comiendo y bebiendo. —*Sed libera nos á malo. — Amen.*

Era ya muy tarde, cuando el marqués les dijo:

—Ea, frailes; podéis acostaros cuando queráis.

Pancracio, que materialmente se caía de sueño, contestó:

—Con mucho gusto, señor.

Hilarión, que se había tranquilizado en vista de la hombría de bien del marqués, dijo por su cuenta:

—Voy á dormir como un lirón.

Y Caralampio, que también se sintió comunicativo, añadió:

—La verdad es que he cenado á satisfacción.

Ya se retiraban, cuando el marqués les llamó.

—Se me olvidó decirlos que en estos momentos no dispongo de camas.

Los capuchinos hicieron una mueca de disgusto.

—No importa—observó el señor;—podréis acostaros con mis sirvientas.

Pancracio se azoró.

—Señor... esto es imposible.

—Nuestro carácter...—dijo Hilarión.

—La religión...—añadió Caralampio.

—La moral...—repuso Pancracio.

Imperioso el marqués de Villaret, les mostró la puerta.

—Andad, andad!... He dicho.

No había réplica posible; los capuchinos se colocaron bajo la protección de María. —*Magnificat anima mea dominum...*

Un soldado les condujo por el ala derecha del edificio al dormitorio de las criadas.

Estas eran tres: Adela, Aurelia y Margarita. Dormían en la misma cámara, pero cada una tenía su cama. La ocurrencia de su dueño y señor les pareció de perlas.

Los capuchinos empezaron á perder de nuevo la tranquilidad. Pancracio reunió á sus camaradas y les dijo:

—Queridos hermanos: vamos á sostener rudo combate con el demonio; si os parece, podemos pasar la noche rezando en voz alta y así nos libraremos de las asechanzas de Satanás. Caralampio é Hilarión estuvieron conformes.

—¿Qué oraciones rezaremos?

—Todas las que sepamos—contestó Pancracio.

—¿Y después?

—Después... las repetiremos.

Se desnudaron y se metieron cada uno en su lecho, con precauciones y sin atravesarse á estirar las flacas piernas, por temor de cruzarlas con las de sus respectivas compañeras de cama.

—Kyrie eleison—dijo Pancracio iniciando el rezo. —*Christe eleison*—contestaron los otros. —*Kyrie eleison*. —*Christe eleison*. De vez en cuando se hacía el silencio, que Pancracio rompía con su voz avinagrada: —*Orate fratres. — Amen. — Dominus vobiscum. — Et cum spiritu tuo.*

Pancracio fué el primero en callar; sus compañeros, que hacía rato sólo contestaban débilmente, imitaron su silencio.

Al cabo de algunos minutos Caralampio reanudó el rezo. —*Habemus ad dominum.*

Su voz no tuvo respuesta alguna; entonces preguntó severamente:

—¿Qué hacéis, hermano Pancracio?

—¿Quién, yo?

—Sí, vos.

—Yo... yo confieso á Margarita.

—¿Y vos, hermano Hilarión?

—¿Quién, yo?

—Sí, vos.

—Yo contemplo al diablo cara á cara.

Caralampio intentó restituirles al cumplimiento de su deber. Pero tuvo que convenecerse de que sus tentativas eran inútiles y, filosóficamente, se calló.

Desde entonces en la anchurosa habitación no se percibió otro ruido que el de la respiración de las parejas; y luego, poco después, solamente ronquidos.

—*Dominus vobiscum*—repitió Hilarión en sueños.

El sol, al penetrar en la habitación, despertó á los capuchinos

—*Pater noster*—masculló Pancracio, abandonando la cama.

—*Pater noster*—repitieron sus colegas.

No osaban mirarse cara á cara; pero sin cesar se cruzaban entre ellos miradas furtivas. Ellas, de pie sobre las camas, se reían estrepitosamente del embarazoso aplazamiento de sus compañeros de una noche.

Cuando los tres frailes hubieron terminado su plegaria, ellas la sellaron con un *Amen* alegre y vigoroso.

—¡Callad, hijas de perdición!—dijo á voz en grito Pancracio enfurecido.

—¡Ganchos del infierno!—añadió Hilarión.

—¡Busconas!—voceó Caralampio.

Después Hilarión preguntó:

—Decidme, hermano Pancracio, ¿qué hicisteis esta noche al terminar el rezo?

—¿Yo?... He descubierto el paraíso.

—Yo también—dijo Caralampio.

—Y yo—repitió Hilarión.

—Entonces—concluyó Pancracio—estamos condenados los tres.

JUAN DE KERLECK.

CUENTO

Prendió un día el Señor,

al contemplar el dolor

de las viudas que, afligidas,

vieron sus dichas perdidas

y vieron muerto su amor,

mandar á este triste suelo,

para calmar tanto duelo.

—¿Los difuntos esposos

que en momentos angustiosos

murieron; y desde el cielo

mandó á un ángel que viniera,

bien provisto de papel,

y tomara nota en él

de la viuda que siguiera

siendo á su cariño fiel.

Así el ángel lo cumplió

y su misión explicó

á cuantas viudas lloraban,

y todas le contestaban

casi lo mismo: que no.

Queriendo decir con esto,

que aunque Dios las dió un mal rato

y era el recuerdo funesto,

ya que El lo había dispuesto,

respetaban su mandato.

Pues era tal su fervor

y su místico temor,

que, aunque su viudez lloraban,

tranquilas se resignaban

con su pena y su dolor.

Ello es que el ángel aquel,

abandonando este suelo

y al mandato de Dios fiel,

emprendió la marcha al cielo,

con un nombre en el papel;

pues solamente llevaba

de este mundo pervertido,

nota de una que lloraba

y del Señor reclamaba

la vuelta de su marido.

Llegó al cielo, y asombrado

del ingrato proceder

de las viudas, Dios fué á ver

quién era el afortunado,

y al decirle:—Tu mujer

quiere verte y lo tolero

para calmar su dolor,

contestó el marido:—Pero,

¡si es que soy yo el que no quiero

volver á verla, Señor!

JOSÉ RODA

MIRADA RETROSPECTIVA

A mi respetable paisano y querido amigo D. Eduardo María Jalón, Marqués de Castrofuerte.

Para persuadirse de que la ley del progreso es ineluctable, basta con dar un saltito atrás y recordar nuestra infancia.

Pasé yo en un barrio extremo de una capital de provincia y obispado ó diócesis de Castilla, ciudad en la que se abrió la primera Universidad de España, y cuyo escudo ostenta la leyenda «En Palencia armas y ciencia», y en la cual las jóvenes jugaban á los bolos en medio de la calle los domingos por la tarde. Aún recuerdo lo ufano y arrogante que se paseaba la moza que tenía la suerte de dar al cura y la rechiffa y griterío que tenía que aguantar la que tenía la desgracia de hacer cinco.

Mientras, las mujeres, sentadas á las puertas de sus casas, formaban corrillos jugando á la churruza ó á la brisca.

Todas presentábanse con su moño ó pica-porte más ó menos artísticamente tejido, según la edad que contaban, el tiempo que habían tenido á su disposición y lo habilidosas que fuesen; pues la labor del peinado, semanal para muchas, ofrecía no pocas dificultades.

En ocasiones había que correr el peine, utensilio que solía servir para varias familias, las cuales sacaban á la puerta su sillita, ponían á sus pies una cazuela con agua, vasija que á la vez utilizaban para comer, y en ella mojaban las apelmazadas púas del des-

dentado peine, si es que no suprimían la cazuela y el agua y lo mojaban con su propia saliva, pasándolo por entre los labios, á imitación del capador cuando anunciaba su paso por las calles tocando su sonoro y aflautado silbato.

Todavía recuerdo, cual si presentes estuviesen, á la tía Tontomas, la tía Quitobis, la tía Loba, la tía Rompralmás (madre del Caballito), la tía Tiralamanta y la tía Calagrana, que vivía pegando con el tío Conejo, único que ejercía el comercio en aquella larga y populosa calle, anciano casi inválido, que despachaba sus géneros por una ventana cuadrada á medio metro de altura del suelo de la calle, y cuyas mercancías eran generalmente por valor de un ochavo, algunas veces un cuarto y en raro caso alcanzaban el precio de seis más.

En tanto, los chicos del barrio nos reuníamos en la rinconada del Rumbo (mi difunto padre), y presididos por Dámaso el Dientes, hijo del tío Enterrador, escuchábamos con los ojos y la boca abiertos los cuentos de duendes y brujas que nos hacían estremecer de miedo.

¡Cuántos insomnios y pesadillas nos hizo pasar el Dientes á los muchachos del Mercado Viejo!

Pero no todo había de ser triste y tremebundo, y una tarde, casi al anochecer, el Dientes nos contó un cuento que no olvidaría yo en siglos, si tuviera la desgracia de que durante centenares de años se prolongara mi estancia en este mísero valle de desengaños; cuento que influyó en mi vida infantil hasta el punto de proporcionarme algunos goces tan inefables como desconocidos para mí, hasta que me los fué iniciando mi astuto confesor el *cofrero del obispo*.

Hace ya más de medio siglo, y yo cuento ahora sesenta años; de suerte que aún no había llegado á la época de la pubertad.

La educación y la edad me tenían entonces en completo estado de inocencia, del que á tirones me quería sacar anticipadamente mi precoz naturaleza, ayudada por el curioso y ladino confesor.

Alentábanos el Dientes á los chicos del barrio diciéndonos que no tuviésemos miedo, pues ya no había demonios; que el infierno estaba vacío, y que se habían apagado las calderas de Pedro Botero, porque el tío Calagrano, que además de adobero era leñador, con ocasión de estar partiendo un árbol muy grande, dió tan fuerte hachazo que abrió en él una enorme hendidura ó raja, y quedóse clavada el hacha.

No teniendo una cuña á mano para sacar el instrumento, vióse desesperado el tío Calagrano, y llamó al diablo, y le dijo que le entregaba el alma si él y sus compañeros metían sus aceradas garras en la raja, mientras iba en busca de cuñas.

Todos los demonios acudieron presurosos, y con tal de ganar aquella alma perversa, metieron los largos dedos y las uñas encorvadas en la hendidura del árbol, y el tío Calagrano hizo un esfuerzo supremo, dió un tirón muy fuerte y sacó el hacha, quedando prendidos en el árbol corpulento Lucifer, Satanás, Luzbel y los demás diablos del infierno.

Aquella noche quedaron amarrados los demonios, y fué la de la primera victoria que sobre mí alcanzó la tierna naturaleza con la ayuda del *cofrero*.

Y durante mucho tiempo, mi sueño fué tranquilo vióse libre de pesadillas, hasta que las mujeres me demostraron que son el mismísimo demonio, los hombres el que más y el que menos un pobre diablo, y el mundo un verdadero infierno, en el que no he vuelto á encontrar un tío Calagrano que los amare *per in eternum*; antes, al contrario, dícenme que Maura les soltó á los palentinos un diablillo enredador y caciquil en forma de Abilio Calderón, que en pocos años les hizo retroceder en la marcha del progreso más de medio siglo.

GABINO RONDA

Un católico fué á hablar con su confesor de sus escrúpulos de conciencia.

—Yo sé que peco—le dijo,—pero no lo puedo remediar; creo en el mal de ojo, en los agüeros y en las hechicerías...

—Eso es ofender á Dios—contestó el cura.

—¿De manera que usted no se alarma al ver trece personas sentadas á la mesa?

—Claro que me alarmo, pero es cuando tanto que no haya comida más que para doce.

Un prestamista á quien un presbítero había pedido una cantidad á réditos, fué á cerciorarse de un amigo suyo, que también lo era del sotana, de la clase de persona que era éste.

—¿Crees—le preguntó—que es hombre con quien se pueden tratar negocios? ¿Tiene capitales?

—Sí, hombre—le contestó el otro.—Pero no te regocijes tanto. Los capitales que tiene son los siete pecados, de este nombre, que le cogen de pies á cabeza.

Un obispo que halló al paso á un labrador, preguntóle:

—¿Cuántos dioses hay?

—Uno y muy mal servido, porque sus servidores cilian de sí más que de su amo—contestó el labriego.

Imprenta de D. Blanco, Libertad, 31